

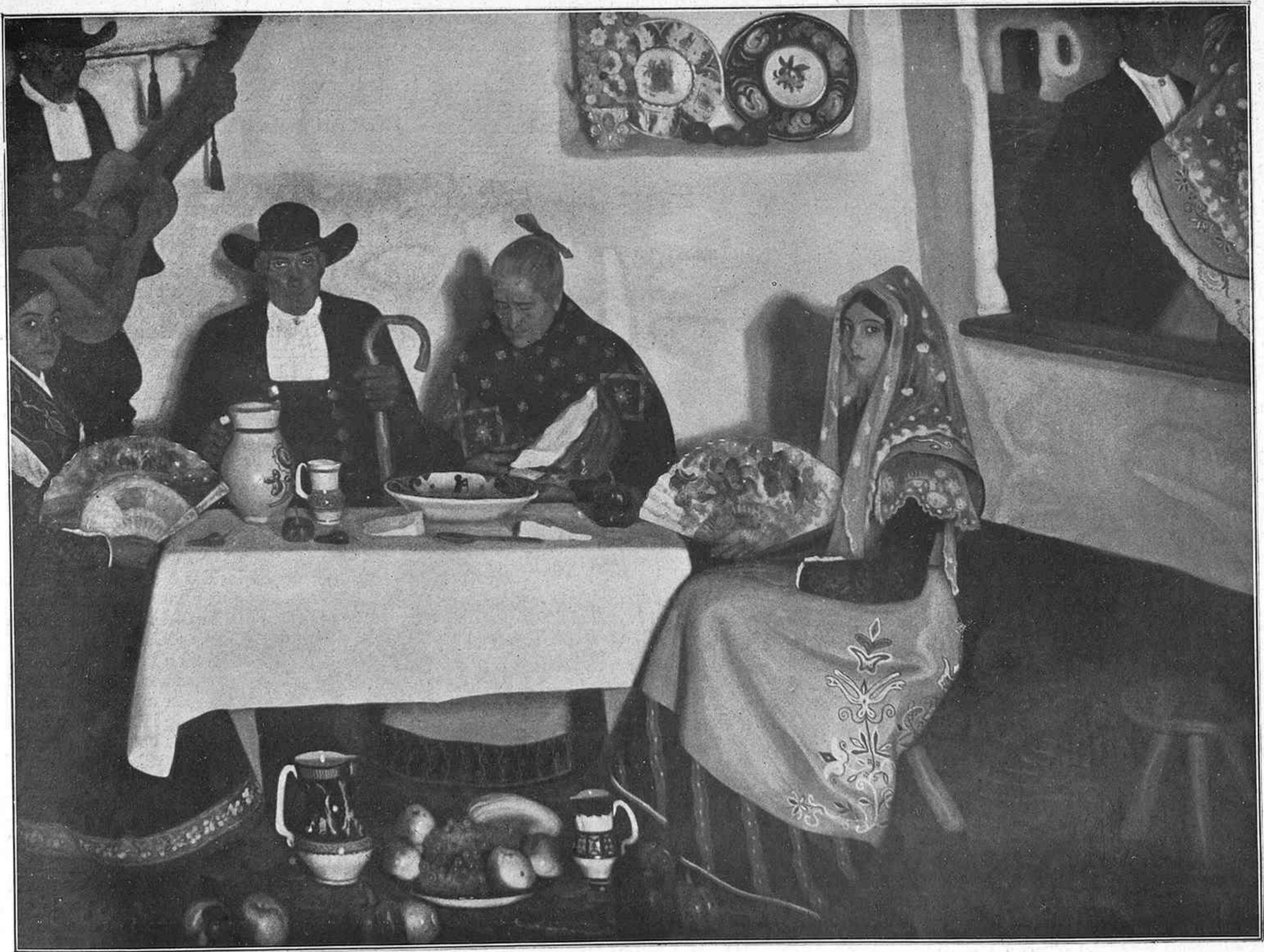
La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 12 DE MAYO DE 1913

NÚM. 1.637

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1913



LAS BODAS DE ORO, cuadro de Ramón de Zubiaurre

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

Ramón de Zubiaurre es, como su hermano Valentín, un enamorado de la vieja España, de la España clásica, como suele llamársela por algunos; pero al reproducirla en sus lienzos, no se satisface con darnos de ella la imagen externa, sino que, ahondando en el alma de aquellas gentes y en el verdadero carácter de sus costumbres, nos ofrece una visión completa del modo de ser de una raza.

Su técnica es vigorosa, casi dura, cual corresponde al concepto que de los asuntos que pin-

ta se tiene formado; casi no hay en sus cuadros medias tintas, todos en ellos son contrastes enérgicos.

Su escuela es la misma que la del ilustre Zuloaga y preciso es confesar que, dado su temperamento, no podía elegir mejor maestro, o mejor modelo, si hemos de expresarnos con exactitud, y que las lecciones o los ejemplos del gran artista no podían caer en terreno más abonado para dar opimos frutos.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El idilio*, por José Buxadé. — *Madrid. La fiesta de las Cruces y la fiesta de las Flores*. — *Viaje de S. M. el Rey a París*. — *De Tetuán*. — *París. La fiesta de Juana de Arco*. — *Málaga. Homenaje al pintor Ferrándiz*. — *Madrid. La carrera de la antorcha*. — *Los Fabreé* (novela). — *Barcelona. Notas de actualidad*. — *Valencia. Las Fiestas Constantiniánas*. — *París. Fiesta del «Jardín de Jenny»*.

Grabados. — *Las bodas de oro*, cuadro de R. de Zubiaurre. — Dibujo de Tamburini, ilustración a *El idilio*. — *Varios Crucifijos*. — *Madrid. La fiesta de las Flores* (lámina). — *Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII a París*. — *Madrid. Exposición de Arte decorativo* (lámina). — *Don Quijote de la Mancha*, cuadro de A. de La Gándara. — *Notas de Tetuán, París y Madrid*. — *D. M. Folch y Torres*. — *D. Juan M. Guasch*. — *Doña María Luandra de Folch*. — *Barcelona. Monumento a Maragall*. — *Fiestas Constantiniánas*. — *Valencia. Interior de la Catedral durante la Comunión de 10.000 niños y niñas*. — *Niñas del Colegio de Jesús y María*. — *París. Fiesta del «Jardín de Jenny»*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A la hora en que esto escribo, hállase Madrid colgado e iluminado, y sobre los balcones se yerguen cruces de flores, muchas de ellas señaladas en el aire por filas de bombillas eléctricas. Hay casas que no presentan ningún adorno, y parecen frías y tristes en relación con las otras tan gayas, tan vivas de color, con el predominio de la bandera española, y con las rojas flores y las verdes ramas.

La gente se ha echado a la calle; en mínima parte, de mal humor, por motivos políticos; en su mayoría, contenta y prometiéndose divertirse con un espectáculo gratuito, de esos por los cuales se perece el buen pueblo madrileño.

Los festejos tienen un motivo que no interesa sólo a España, sino al mundo entero, por el cual se han extendido los cristianos, en diez y nueve siglos, de tal suerte, que no sé si existe región alguna del globo donde no alce la Cruz redentora sus brazos amorosos, y donde no se eleve al cielo la Hostia santa. Aun cuando no sean católicos muchos y vastísimos países, cristianos son, y la fecha de la libertad concedida a los cristianos por Constantino, en el siglo IV de la Iglesia, es solemne para millones y millones de hombres, en la superficie de nuestro planeta y en todas sus regiones y comarcas.

Remontándonos con la imaginación a ese momento culminante de la historia, nos figuramos cuál debió de ser el gozo de los cristianos, autorizados por fin a profesar públicamente su culto, a erigir sus templos al aire libre y en medio de la plaza, a catequizar sin obstáculos, y a dejar de ser la muchedumbre proscribida y fuera de la ley que eran desde trescientos años atrás. Tres siglos habían durado las persecuciones, sucediéndose a intervalos bastante cortos, y tanta atrocidad y crueldad no había podido, no ya desarraigar la nueva fe, pero ni detener su avance, su asombroso desarrollo, no sólo dentro de Roma, sino en los pueblos más distantes de Roma. Ninguna doctrina ha arrostrado tan largo plazo de lucha, ni otra lucha fué jamás tan encarnizada y sangrienta, pues ni los perseguidores se cansaban de atormentar, ni los perseguidos de sufrir. Todavía en tiempo de Constantino, uno de sus socios, Maximino Daya, a quien había correspondido el Egipto, torturó bárbaramente a una doncella prodigiosa, filósofa y artista, Santa Catalina de Alejandría; y ya la multitud, harta de suplicios, miraba con repulsión las escenas de ferocidad, los tormentos y las degollaciones. En Roma ocurría lo mismo. Aunque no todos fuesen cristianos, ni mucho menos, los cristianos abundaban lo bastante para formar opinión, y opinión vigorosa.

Constantino, probablemente, no era cristiano tampoco; pertenecía al número de esas almas fatigadas que aparecen en los momentos de decadencia de una civilización, en las horas de las transiciones; pero este hombre sin convicción era muy inteligente, poseía un tacto político extraordinario, leía claramente en la marcha de los sucesos, conocía el estado de las almas y además tenía una madre cristiana ferviente. De aquí el Edicto de Milán.

No se escapaba a la comprensión de Constantino que el Cristianismo era una inmensa fuerza social, un elemento organizador como ninguno. Todos los fines humanos y todas las prescripciones morales en que puede fundarse una sociedad que haya de resistir a los embates del tiempo, los llevaba el cristianismo contenidos en su esencia. Cuanto pudiese sobrevenir, en la larga serie de los siglos venideros, estaba, por decirlo así, previsto en aquella doctrina tan fecunda. Y además, el César debía de haber notado (en la necesidad de manejar a los hombres para hacer frente a los peligros y agitaciones de su época) que los cristianos, entonces todos sinceros, eran los más honrados funcionarios, los soldados más valerosos, la mejor gente que le era dado emplear.

En una sociedad caduca vió Constantino el germen nuevo, la suma de elementos de vigor que se le presentaban y que debía utilizar, y cerró la era de las persecuciones, consintiendo el ejercicio del culto y reintegrando en la ciudadanía a los excluidos de ella por una intolerancia extraña en un Estado como el romano, que había otorgado y abierto el Panteón a todos los dioses y númenes de las naciones conquistadas.

Las persecuciones, no cabe duda, encandilaron y exaltaron la fe, y ayudaron a su propagación en regiones tan distantes como España, que produjo tantos tenacísimos mártires; pero, aun el más resuelto confesor, el que con mayor heroísmo haya protestado de sus creencias ante los suplicios, pudo desear ardentemente la hora en que Cristo no se viese precisado a ocultarse, y en que la doctrina, pudiendo extenderse sin riesgo ni obstáculo, dominase al mundo. Fué pues una fecha bien memorable, no para el cristianismo únicamente, para toda la especie humana, la que hoy conmemoran estas banderas, estas cruces de rosas y luz, surgiendo de los balcones, como afirmando la persistencia de aquel inmenso fenómeno, el más extraordinario de la historia.

Lo que más admira en él — considerándolo no más que desde su punto de vista social y político — es que, a la vuelta de tanto tiempo y tantas transformaciones y evoluciones de los pueblos, el cristianismo siga siendo, como en la hora de Constantino, la fuerza integradora, lo que afianza y sostiene, lo que presta a la sociedad la fortaleza necesaria para resistir a los gérmenes de destrucción que, entonces como ahora, aunque hayan cambiado los términos del problema, la atacan en sus centros vitales.

Del cristianismo se originaron las naciones; en la Edad antigua, naciones no hubo; hubo pueblos, después de haber tribus y hordas. Por las naciones se desarrolló el sentimiento de la patria, profundo, robusto, fraternal. Cuando se decía, a principios del siglo XIX, que eran una misma cosa la religión y el patriotismo, involuntariamente y tal vez inconscientemente se reconocía la verdad histórica de la influencia extraordinaria del cristianismo en la formación de las nacionalidades. Y claro es que el cristianismo abarcaba a todas las naciones, y el patriotismo, en aparente contradicción, concentraba el sentimiento de amor en una sola; pero es que el cristianismo, en eso como en todo, se aviene a la realidad de la condición humana, y respeta y admite y hasta consagra el natural impulso de defender lo propio contra lo extraño, y la necesidad de esta defensa, en casos de guerra y en casos de paz. Si el cristianismo colocase a sus adeptos fuera de la realidad, si los incapacitase para la vida, no sería doctrina de verdad; no podría servir de base a las sociedades venideras. He ahí cómo la idea religiosa prestó tan firme fundamento al patriotismo, y no ha dejado de darle estabilidad en nuestros días, en naciones pujantes, no católicas muchas de ellas.

Por eso, en la crisis que ahora sufre la sociedad, atacada en la raíz de su existencia, han sido puestas en tela de juicio la religión y la patria juntamente, y con igual empeño atacadas y combatidas. Y es posible que el ataque mismo las reanime y, sobre todo, las defina mejor, haga comprender mejor el papel que ambas ideas desempeñan, la función biológica que les corresponde en el organismo social.

Ha de ser España, por la debilidad y atonía que en ella se advierte, por esta especie de desencanto letal que sufre, una de las naciones donde menos se caractericen los síntomas de resistencia orgánica; y, sin embargo, dijérase que comienzan a iniciarse en su cuerpo enfermo reacciones vitales.

En una ciudad no muy importante ni populosa, grande por sus recuerdos y por los monumentos que conserva, Alcalá de Henares, he podido yo notar estos días algunos de estos síntomas a que aludo. Alcalá ha celebrado fiestas cívico-religiosas. Las primeras conmemoraban el Centenario de haber sido libertada la ciudad de las tropas francesas, por las de Juan Martín el Empecinado, en 1813; las segundas la fiesta de las Santas Formas que todos los años se verifica allí.

A la memoria de la liberación de la ciudad se consagraron: una velada en el Teatro Cervantes, y una ceremonia cívica, la colocación de una corona en el pedestal del monumento al Empecinado; y el homenaje a las Santas Formas consistió en una peregrinación, organizada por la Adoración nocturna, y una procesión. Todo ello no constituye ningún suceso que tenga suma resonancia fuera de los ámbitos de la antigua ciudad de Cisneros y Cervantes; pero mirados con los ojos del observador y del psicólogo, como se miran las cosas para incorporarlas a la historia, algo significan estos festejos.

No hace más que cien años que ocurrió nuestra

guerra de la Independencia, y si hubo cosa que tuviese carácter nacional, fué aquel alzamiento formidable. Dos móviles, el religioso y el patriótico, lo provocaron. Los franceses eran, como los españoles, cristianos y católicos; pero la Revolución de 1793 había cerrado los templos de toda Francia, y aun cuando Napoleón, que era nuestro invasor, los abrió de nuevo, y restableció el culto y celebró el Concordato con la Santa Sede (porque aquel moderno Constantino comprendía muy bien que no existe sino una manera de gobernar), sus soldados, parte porque venían impregnados aún del espíritu revolucionario, parte por ese instinto de ofender, dañar y destruir, que surge en las tropas invasoras, atropellaron las iglesias, destrozaron y robaron los objetos del culto, y cometieron toda especie de tropelías e irreverencias. El caso de Alcalá de Henares fué el caso general. En Alcalá, en 1813, vencidos ya en toda España, cansados de una guerra tan espantosa, lo primero que hicieron los franceses, en el convento de San Bernardo, fué profanar el Sagrario, desparramar por el suelo las Formas, acaso pisotearlas, y obligar a las monjas a ocultarse, temerosas de otros desmanes que tampoco solían omitirse. Y fué este sistema, practicado en toda la Península, lo que alzó en armas hasta a las piedras. Las partidas brotaron al impulso de la dignidad nacional herida en lo más íntimo, en la profanación de los templos, en la honra de las mujeres, en las personas reales, que si no estuvieron, por cierto, a la altura de ningún español patriota de entonces, sino mucho más abajo, por su servilismo y cobardía, eran sin embargo para España el símbolo de la nacionalidad. Es innegable que Fernando VII valía menos que José Bonaparte, pero José era el Intruso, y había venido hollándonos y sacándonos de quicio. España se levantó. Salieron a plaza las partidas, tropa irregular, informe, de vario armamento, de pintoresca heterogeneidad, de caprichosa desorganización, en las cuales entraban no sólo viejos y niños, sino mujeres. Y esto era la gran señal de lo popular de la guerra, pues hasta que la mujer se asocia, no se puede decir que un movimiento esté en el corazón de un pueblo.

El que libertó a Alcalá, Juan Martín el Empecinado, fué acaso el mejor, el más heroico de los guerrilleros. No le había llevado al campo el deseo de vengar la muerte o la deshonra de algún ser querido; sencillamente le impulsó la indignación patriótica. Era un labrador, nacido en Castrillo, el pueblo de la *pecina*, vecindado en Fuentecén, casado, sin más aspiraciones que la de llevar la yunta y entrojar el trigo. De pronto, pudo decir de sí mismo lo que le atribuye un poeta anónimo de su tiempo:

No tuve, para vencer,
más escuela que el valor,
y sin juzgarme soldado,
ya me encontré vencedor.

En efecto, de los dos o tres que con Juan Martín se echaron al campo, a matar franceses, como se decía entonces, salió la división Empecinada, quinta del segundo ejército, perfectamente organizada y aguerrida, cuando corrió a la defensa de Alcalá. Vicisitudes, sufrimientos, amenazas, pobreza, hambre, no habían podido arredrar a Juan Martín, héroe digno de compararse a los de la antigüedad, a los Escipiones y a los Viriatos. Su campo de operaciones, en los últimos tiempos de su vida militar, eran los contornos de Madrid, Guadalajara y Sigüenza. Ni un segundo dejaba respirar a los franceses, y al libertar a Alcalá, pudo hacerlos trizas, pues los persiguió a la bayoneta hasta San Fernando, y, a tener allí su caballería, no queda uno.

Y este intrépido batallador era clemente, piadoso con los rendidos y los prisioneros, por lo cual su adversario, el general Hugo lo estimaba profundamente, y se lo decía reiteradamente. Y Juan Martín, que no se mordía la lengua, contestaba al francés, padre, por más señas, de Víctor Hugo: «Pues yo de usted tengo muy mala opinión.»

A este hombre, digno de eterna memoria, es a quien dedicó Alcalá de Henares justo homenaje. Cada vez que veo alguno de los bellos monumentos del pasado, unas venerables piedras, una gran obra de arte, decorando todavía nuestras ciudades ilustres, pienso en los que las preservaron, y envío un saludo de cariño a los que, como Juan Martín, arrojaron al invasor por las puertas y le impidieron consumir acaso con el incendio su obra de depredación y de injuria. Juan Martín, o mejor dicho los guerrilleros, la Resistencia en él simbolizada, debiera tener un monumento en la corte — si lo permiten los políticos y los caudillos de guerras civiles, que son casi los únicos usufructuarios de la monumentalidad española.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL IDILIO, POR JOSÉ BUXADÉ, dibujo de Tamburini



... se halla un abuelo acariciando los rubios cabellos de una nietecita que tiene en su regazo

Es una tarde de verano a orillas del mar.

La playa es allí un trozo de costa solitaria, ancha, lisa y despejada hasta las lejanías. Más allá de la arena se extiende un valle verdeante y risueño, que termina en las laderas de una cadena de montañas oscuras. Y por entre el verdor del valle asoman algunas casitas blancas, como nidos formados en la enramada.

¡Qué retiro tan delicioso el de esa playa, al atardecer, para poetas y enamorados! Y poetas y enamorados hay en ella; poetas del amor del alma; enamorados de la poesía del corazón.

Sentado en la arena, muy cerca del agua, se halla un abuelo acariciando los rubios cabellos de una nietecita que tiene en su regazo. La nietecita es un ángel de cara de rosa y de guedejas de oro. Y el ángel sonríe al abuelo y le pasa las manecitas por el rostro, deteniéndose en la barba puntiaguda, de la que tira suavemente.

A pocos pasos de ellos, hacia el interior, un matrimonio de mediana edad, padres de la niña, descansan también sobre la arena. El marido está medio tumbado, apoyándose en el brazo izquierdo, de cara a su señora; y la señora se inclina graciosamente hacia su marido, apoyándose a su vez en una cesta que ha contenido vituallas de una merienda, cuyos restos y mondaduras de frutas se hallan esparcidos por allí. Ambos esposos conversan plácidamente, mirándose y sonriéndose con ternura.

Y un tanto apartada de los dos grupos, una pareja de enamorados pasea lentamente, junto a la orilla. Ambos son jóvenes y hermosos. Ella es una virgen de diez y ocho años, bella como una madona

rafaelina, que parece un retrato ampliado de la niña que acaricia el abuelo; él es un mozo de veinte, con bigotito retorcido y ojos negros y soñadores. Los dos caminan silenciosos. No se hablan ni se miran; pero se ven sus miradas y se oye la voz de sus pensamientos. Y cuando el vaivén de la marcha los aproxima y hace rozarles los brazos y tocarles las manos, se establece entre ellos una corriente de embeleso que los enajena de dicha.

Atardece. Un tinte diáfano de misteriosa poesía desciende del cielo y matiza la tierra; la naturaleza se recoge en sí misma, sumida en una quietud paradisiaca; el ambiente se torna apacible, tibio, perfumado con los aromas de las aguas y las auras de los vergeles; la brisa se vuelve suave como una caricia; las olas juegan en la arena y tejen encajes, cantando muy quedo barcarolas de amor.

Los dos amantes se detienen a un tiempo. Y a un tiempo levantan los ojos y se miran a ellos. Y se ven sus almas. Y se sonríen desde el fondo de ellas.

— ¿Siempre?
 — ¡Siempre, Florencia mía, siempre! ¿Podríamos vivir el uno sin el otro?
 — ¡Yo no, Ernesto!
 — ¡Yo tampoco! Tu amor es toda mi dicha.
 — El tuyo mi mayor felicidad.

Ambos vuelven a andar lentamente, ensimismados, con una mirada de ensueño en los ojos y una sonrisa de gozo en los labios.

Y mientras caminan, uno y otra evocan mentalmente, una vez más, el pasado, el presente y el porvenir de sus amores.

El pasado, con las primeras miradas de simpatía,

las frases amables, el deseo de verse, la alegría de hablarse, el pensamiento que desvela, la idea que distrae, la declaración balbuciente, la pasión estallante, las ternezas, los juramentos...

Luego el presente, con sus coloquios de mieles y sus silencios de almíbares...

Después el porvenir, con sus poemas de ventura... Al llegar aquí, los dos tornan a detenerse y a mirarse.

El doncel la contempla extasiado; la virgen baja los ojos ruborosa.

— Nuestro nido, susurra él, será un paraíso. Ella sonríe, con la vista fija en la arena.

— Y yo te adoraré en él eternamente. La virgen levanta los ojos humedecidos hacia el cielo.

— Para que tú no dejes de quererme. Ella baja la vista y la fija en la del joven.

— Mi querer, arrulla, acabará sólo con mi vida.

— El mío te acompañará aún después de mi muerte.

— Nos amaremos siempre, ¡siempre!, como hasta ahora.

— Más que ahora.

— ¿Más?

— ¡Más! Cuando nos demos el dulce nombre de esposos...

Ella vuelve a bajar la vista ruborosa.

— Entonces, bien mío... Y los dos prosiguen el paseo, hablando bajito, muy bajito, como las parejas de avecillas que cuchichean en el mes de abril.

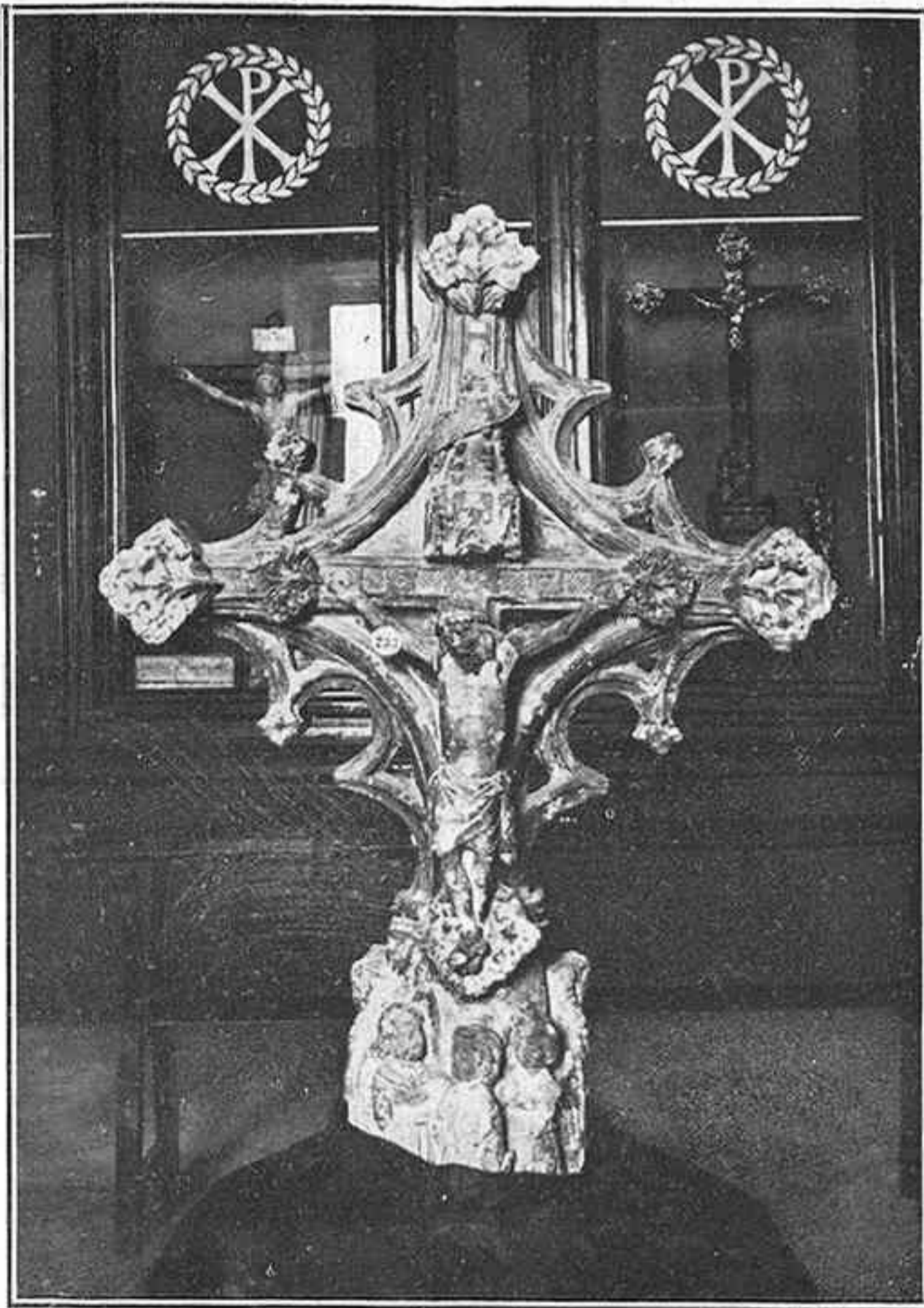
En tanto, una fuerza misteriosa e irresistible había

hecho volver involuntariamente la cabeza al abuelo y a los padres en dirección a los jóvenes.

Era una corriente de pensamientos que partía de los amantes y llegaba a los padres y al abuelo, impresionando vagamente sus cerebros. Y la impresión despertaba en ellos recuerdos dormidos de tiempos pasados, de horas dichosas, de instantes de arrobo.

Los padres se habían acercado el uno al otro y hablaban en voz baja, cogidos de las manos, contándose las emociones que sintieron aquel día en que se confesaron su amor.

El rostro del abuelo se transfiguraba. Miraba a su nietecita, que tenía sobre las rodillas; miraba a su hija, amartelada con su marido; y veía en ellas el retrato de la mujer amada, de su esposa adorada, ya muerta. Y la visión tomaba cuerpo y el retrato se convertía en el original, en la mujer querida, que le sonreía, joven y hermosa, como en los días felices de su noviazgo. Y él se veía también joven y guapo a su lado... Y los dos iban solitos y se contaban su querer. Él la quería más que ella; ella le amaba más que él. De noche se soñaban dormidos; de día se soña-



Artístico Crucifijo gótico de piedra

ban despiertos. ¡Y cuánto ansiaban verse! ¡Y qué gozo sentían cuando estaban juntos!

El anciano siente ahora ese gozo, como si se hallara nuevamente al lado de su amada. Y hace un movimiento instintivo con las manos para coger las de ella.

La niña, que ha estado observando el cambio de expresión de su fisonomía, bate palmas con sus manecitas y exclama:

— ¡Abuelo, abuelo! ¡Te has vuelto joven!

Él sonríe, con sonrisa placentera, que se torna gradualmente melancólica. Luego mira largo rato a su hija; después a su nieta. Y coge a ésta y la estrecha entre sus brazos y la besa con fervor en la frente.

Pero no puede más. Se pasa las manos por los ojos llorosos y deja caer los brazos desmayadamente.

La sonrisa se ha borrado de sus labios; la tersura del rostro ha desaparecido y han vuelto a reemplazarla las arrugas y las angulosidades de la vejez.

— ¡Abuelo, abuelo! ¡Ya no eres joven!

El anciano sonríe tristemente.

— ¡Pero eres el abuelo, mi abuelo, a quien tanto quiero!

Y le echa los brazos al cuello y le llena la cara de besos.

El abuelo cierra los ojos y vuelve a sonreír placentero, como antes, más que antes.

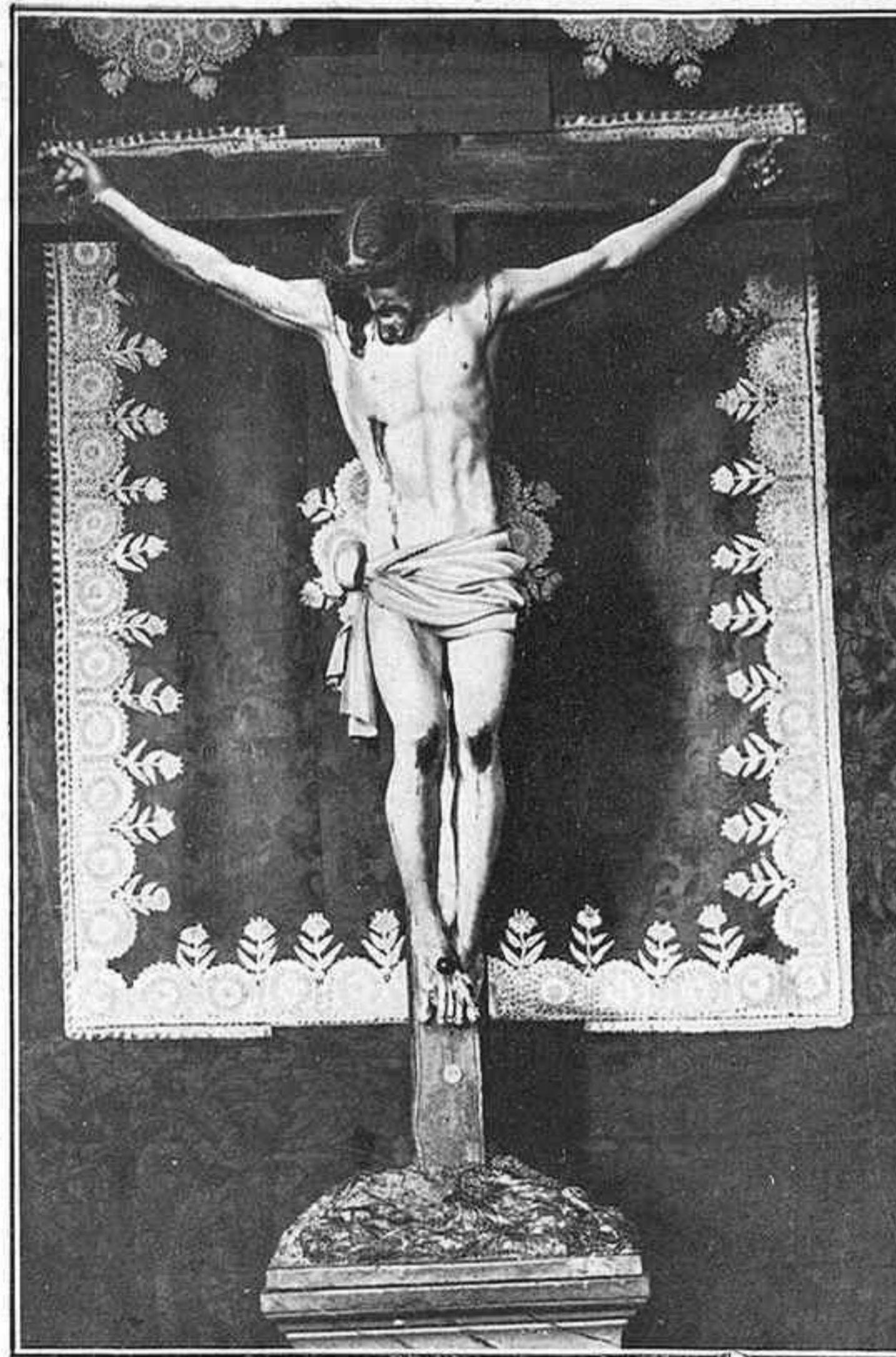
En la retina de su cerebro contempla una imagen querida. Ve la de su nieta, la de su hija y la de su esposa reunidas en una sola mujer.

Anochece. El crepúsculo se despide con una sonrisa de tristeza; la luz va ascendiendo al cielo, poco a poco, evaporándose, difumándose, desvaneciéndose...

La cadena de montañas que limita a poniente se vuelve una muralla infranqueable de enormísimas masas negras; el valle se cubre con una gasa de tinieblas grises, por entre la cual blanquean las casi-

tas, como perlas; el mar reluce débilmente como un espejo líquido de cambiantes azulados y verdosos; la playa conserva una claridad mortecina, que alumbr-

MADRID. — LA EXPOSICIÓN DE CRUCES



Crucifijo atribuido a Alonso Cano y que es obra de Salvador Páramo

sutilmente la faja de arena hasta el horizonte, donde el cielo adquiere un tono nacarado.

Ha llegado el momento de partir.

El abuelo se levanta, coge la mano de la nietecita y los dos se encaminan hacia los padres. Éstos se incorporan, como si salieran de un sueño, y se levantan también, perezosamente.

Después, los cuatro se vuelven y dirigen la vista a la pareja de amantes, que se hallan a lo lejos y van viniendo, sin apresurarse, cogidos de las manos.

Los primeros salen al encuentro de los últimos; y al reunirse todos, se reciben unos a otros con la sonrisa en los labios y el contento en los ojos.

— ¿Vamos?

— ¡Vamos!

No se habla una palabra más. Ninguno quiere destruir el encanto que le producen la poesía que fluye de la naturaleza y las emociones que embargan su ser.

Y lentamente, silenciosos, recogidos, ensimismados en sus ilusiones, emprenden la marcha los seis poetas del amor del alma, los seis enamorados de la poesía del corazón.

Delante van los novios con las manos enlazadas; algo apartados de ellos siguen los padres, cogidos del brazo; y un tanto separados de éstos caminan el abuelo y la nietecita, dándose las manos.

La tenue claridad de la playa los ilumina suavemente. Todos tienen el rostro risueño, la mirada vaga y soñadora, el aspecto muelle y satisfecho del que se siente feliz.

— ¡Abuelo!, ríe la niña. ¡Llévame como una mujer! Y se cuelga de su brazo.

Él se inclina un poco para que ella no haya de erguirse; y los dos andan a compás, como una pareja de edades proporcionadas.

La nietecita siente algo que la enajena, quizás la noción anticipada de la impresión que ha de producirle más tarde ir del brazo del hombre amado; el abuelo, que tiene en el pensamiento a la muerta querida, lleva a la niña gozoso, con la ilusión de que es la esposa adorada...

Delante de ellos, los padres van tan juntos, que parecen pegados el uno al otro.

— ¡Qué feliz soy contigo!, dice él.

— ¡Yo me hallo en la gloria!, responde ella.

Y ambos se oprimen dulcemente el brazo que los une...

Y delante de todos, los dos amantes caminan muy cerca el uno del otro, apretándose suavemente las manos.

— ¡Te soñaré toda la noche!

— ¡Todas ellas te sueño yo!

— En nuestro nido...

— Pero juntos.

— Y rodeados de angelitos.

— ¡Como tú!

— ¡Como tú!

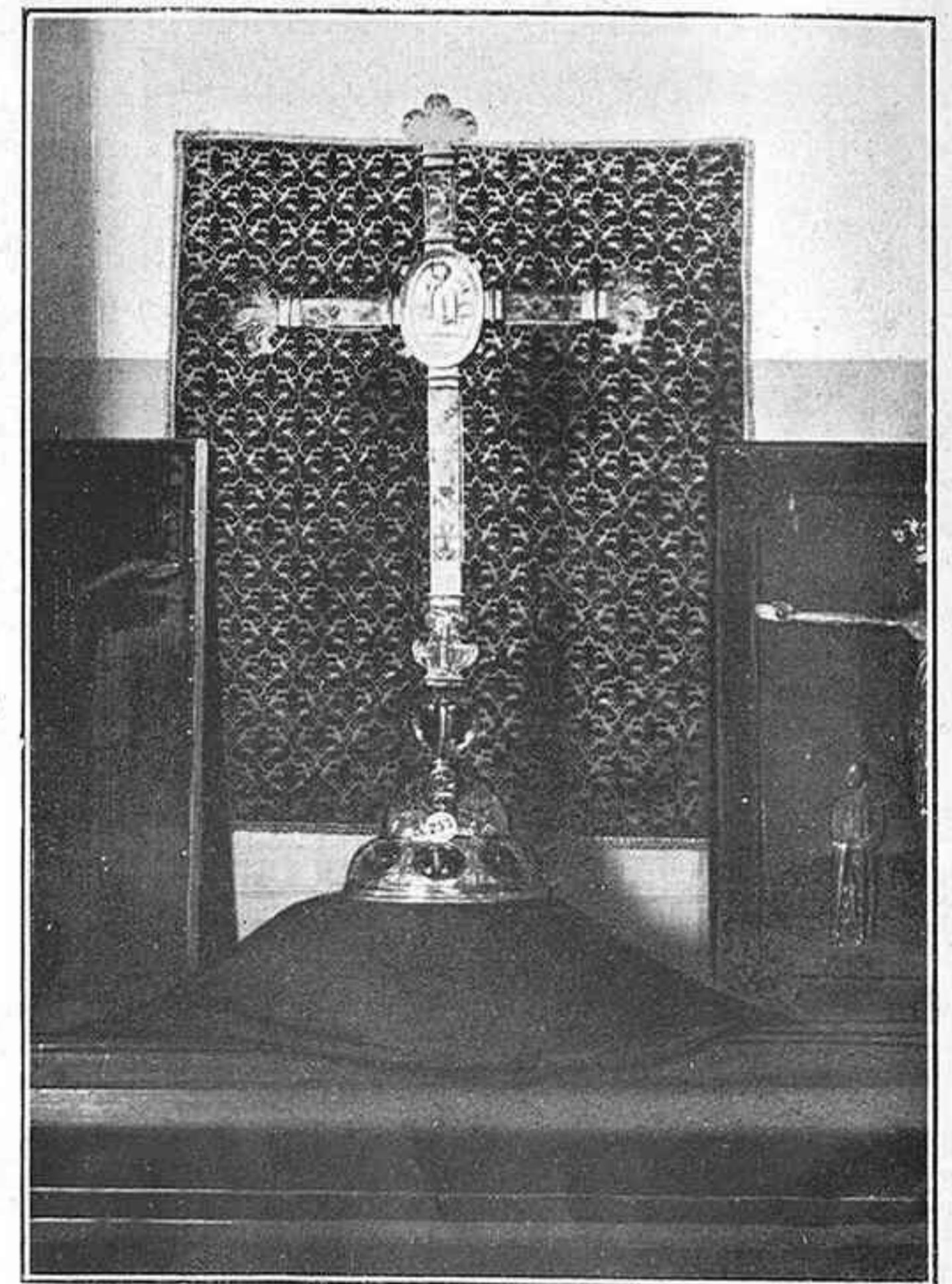
Pausa. Ambos vuelven a apretarse suavemente las manos.

La noche ha cerrado y se han reunido todos. Y juntos, pero sin desparejarse, prosiguen la marcha hacia poblado, ensimismados en sus emociones.

A pesar de la obscuridad, cada uno de ellos cree ver delante de sí, precediéndole, una pareja — hombre y mujer — que van muy juntitos, hablándose al oído, mirándose con dulzura, sonriéndose tiernamente.

Y además, le parece oír una melodía, que baja del cielo y canta en tono de arrullo:

— ¡Cuánto te quiero!



Cruz de cristal de roca del siglo XVI, propiedad de la condesa de Valdelagrana

MADRID

LA FIESTA DE LAS CRUCES Y LA FIESTA DE LAS FLORES

(Véanse los grabados de ésta y de la siguiente página.)

En los días 2 y 3 de este mes hanse celebrado en Madrid dos fiestas de distinto carácter, pero ambas igualmente bellas e igualmente grandiosas: la Fiesta de las Cruces y la Fiesta de las Flores.

Celebróse la primera con motivo de las Fiestas Constantinianas y bien puede afirmarse que todo Madrid se asoció a esta imponente manifestación del sentimiento religioso. La mayoría de las casas aparecieron engalanadas con vistosas colgaduras y gran número de ellas, así como muchos edificios de importantes círculos y otras entidades y todas las iglesias, ostentaban en sus fachadas ricas decoraciones. El número de cruces que en todos los barrios se veían era incontable, siendo la mayoría de ellas de flores naturales.

Complemento de esta Fiesta ha sido la Exposición de Cruces instalada en el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales y que ha sido solemnemente inaugurada por SS. MM. Consta de dos departamentos: uno en donde han sido colocadas las cruces y demás objetos relacionados con la Divina Insignia, y otro en el que se han expuesto cuadros de asuntos religiosos.

Los objetos catalogados son cerca de 500 y casi todos son ejemplares hermosísimos y de gran valor artístico, histórico o arqueológico. Algunos de los más notables los reproducen los grabados adjuntos.

Hermosísima fué también la Fiesta de las Flores celebrada al día siguiente de la anterior con objeto de allegar recursos para la construcción de un sanatorio destinado a tuberculosos pobres.

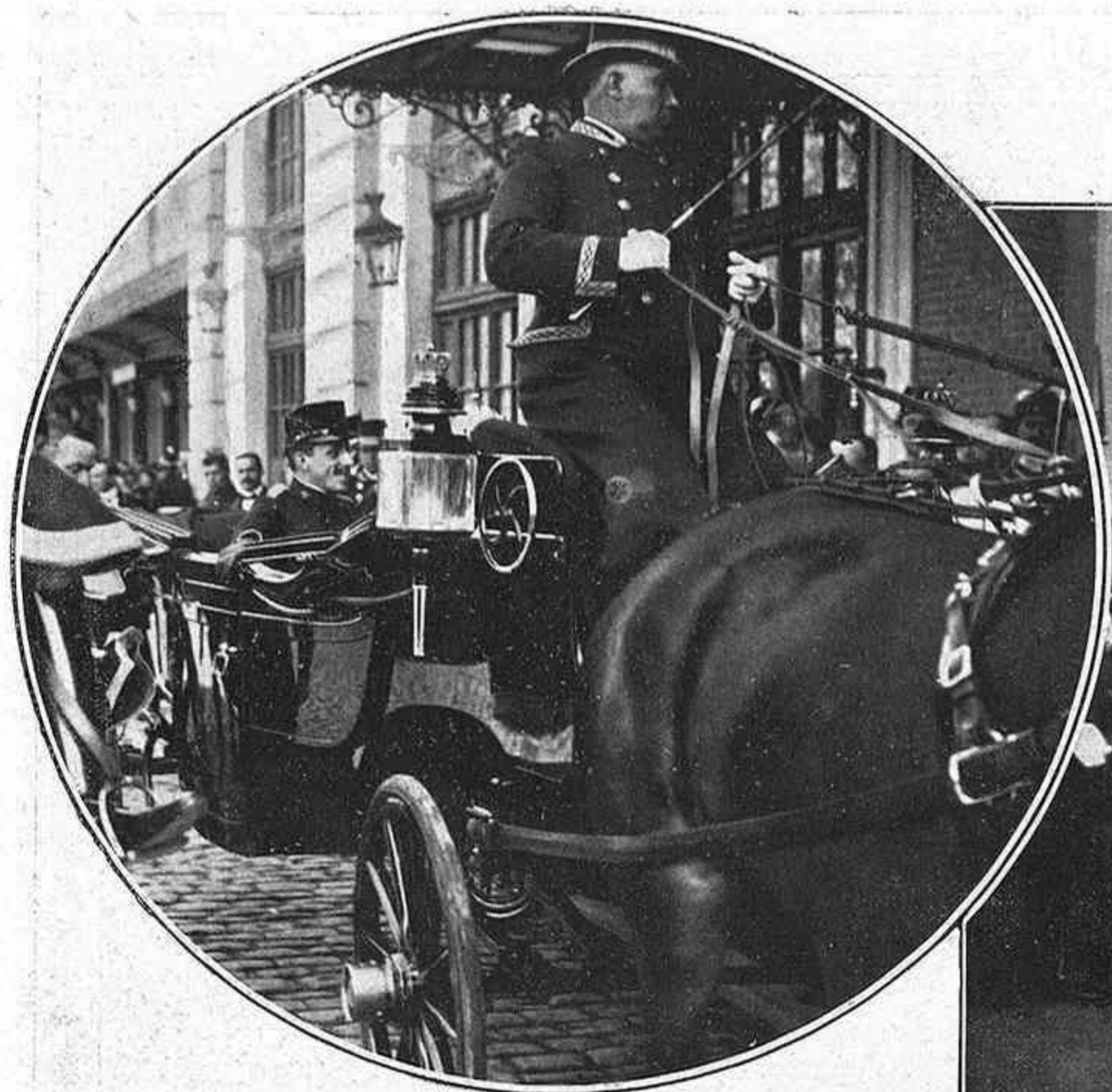
Desde las primeras horas de la mañana, las calles de todos los distritos ofrecían una animación y una alegría extraordinarias, y en torno de los cientos de altares levantados, artísticamente adornados con profusión de flores, multitud de encantadoras señoritas, ataviadas las más de ellas con mantones de Manila y tocadas con la mantilla clásica, acosaban a los transeúntes, detenían los coches y automóviles, se metían en los cafés, tabernas y en toda clase de establecimientos, en demanda de un óbolo para los enfermos pobres. Los estudiantes de Medicina alquilaban todos los pianos de manubrio y convertidos en organilleros postularon por las calles.

Bien puede decirse que todo Madrid contribuyó con su óbolo a la obra benéfica, calculándose que lo recaudado asciende a cerca de 100.000 pesetas. — T.



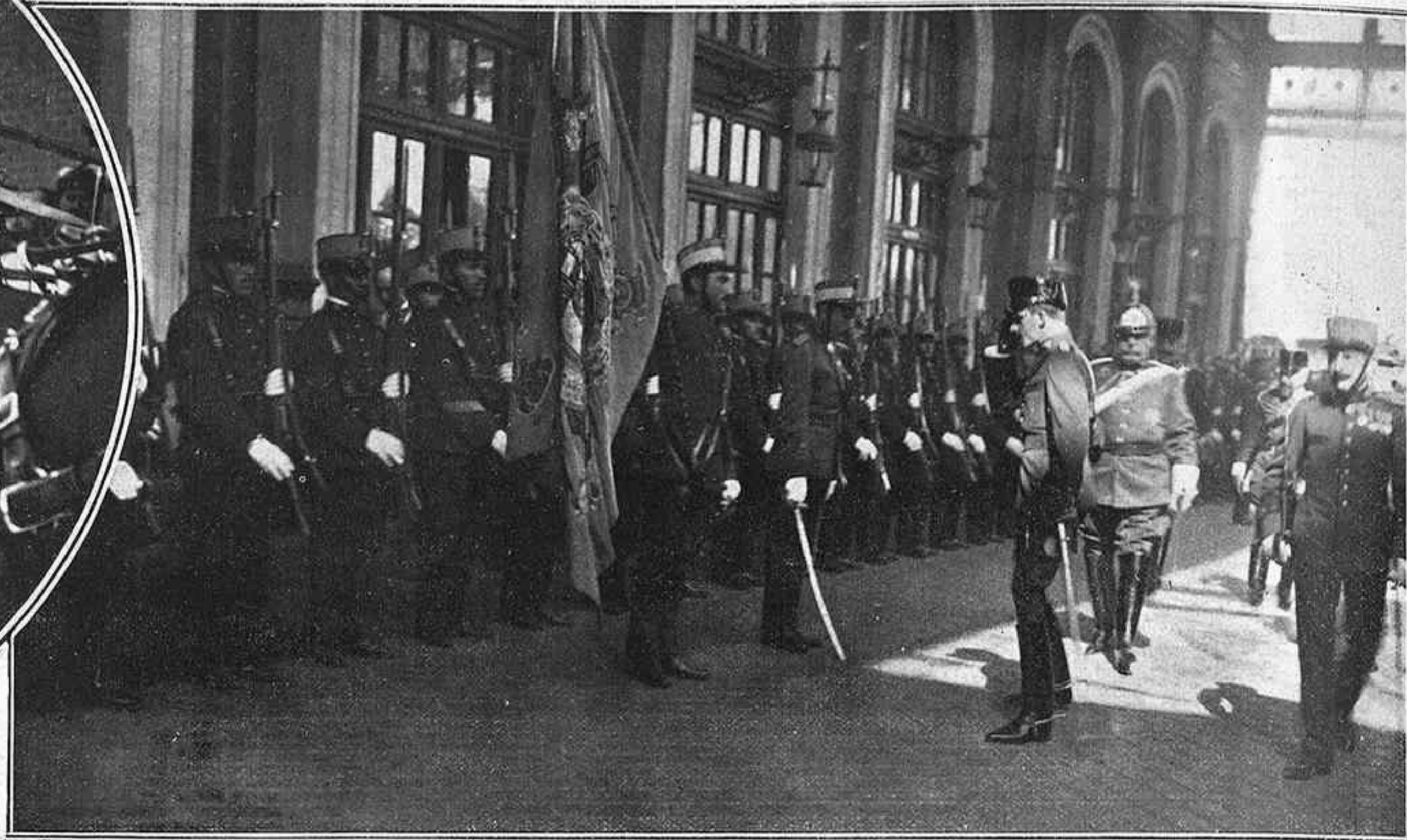
1. Un altar de la calle de Alcalá. - 2. Altar de la Sociedad de Actores. - 3. Cruz monumental construída por el Colegio de Médicos. - 4. Los estudiantes de la Facultad de Medicina postulando con un piano de manubrio. - 5. Un altar de la Plaza del Progreso. - 6. Altar construído por el Centro de los Hitos de Madrid.

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII A PARÍS



En Madrid

Llegada de S. M. D. Alfonso XIII a la estación
(Fotografías de Vidal.)



S. M. el rey D. Alfonso XIII revistando las tropas que le rindieron honores en la estación y saludando la bandera

El día 6 por la mañana emprendió S. M. el Rey D. Alfonso XIII su viaje a París, habiendo sido objeto de una entusiasta y cariñosa despedida por parte del público que llenaba las calles por donde pasó la regia comitiva y de la escogida concurrencia que acudió a la estación.

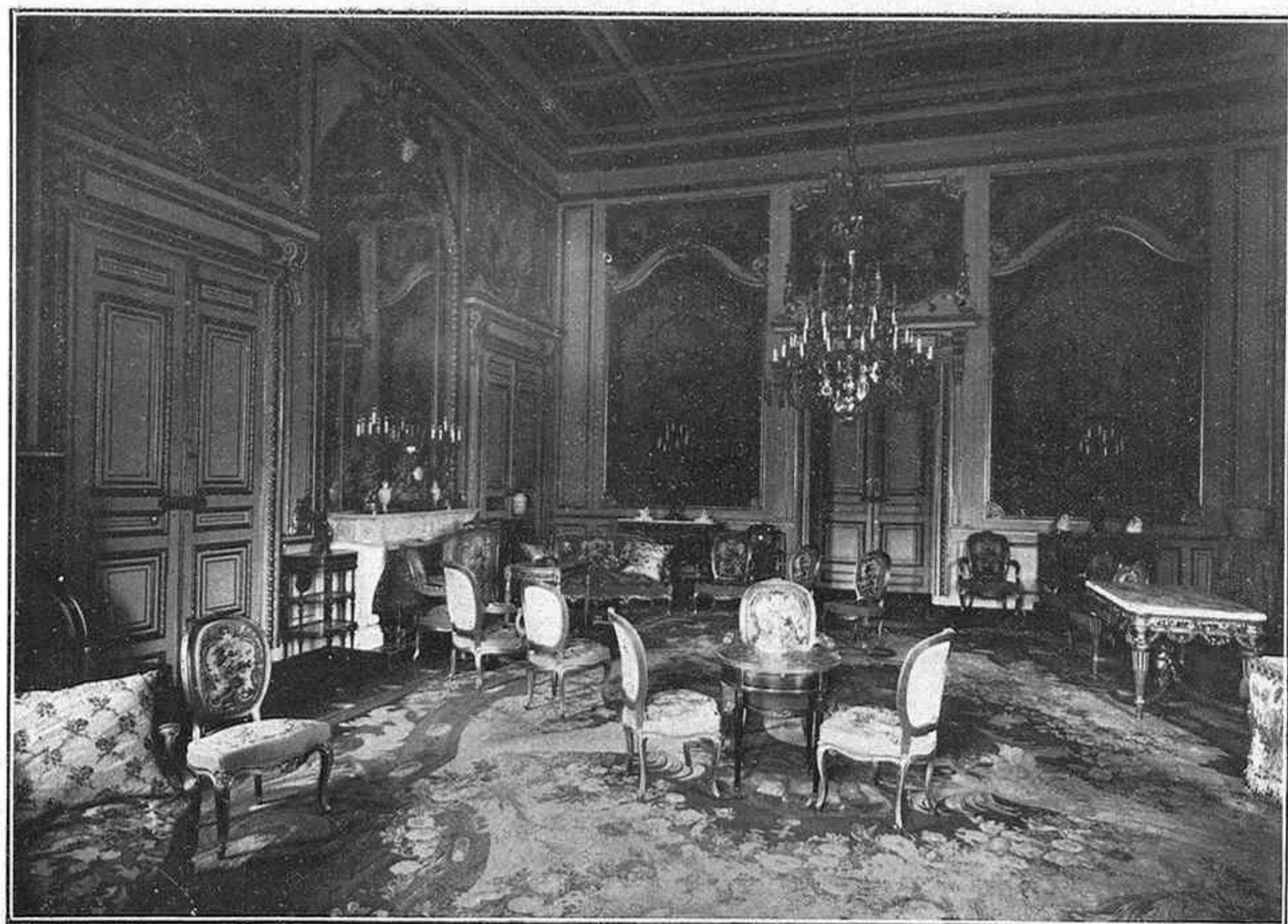
A las nueve salió S. M. de Palacio, después de haberse despedido de las reinas D.^{na} Victoria y D.^{na} María Cristina, y en un landó descubierto y acompañado de S. A. el Infante D. Fernando, se dirigió a la estación, en la que fué recibido por los infantes D. Alfonso, D.^{na} Beatriz y D. Luis de Orleans, el Gobierno, el Nuncio de Su Santidad, los presidentes de las Cámaras, las autoridades, representantes de la embajada de Francia y de las corporaciones oficiales, capi-

soberbiamente decorada con alfombras, tapices, plantas y flores, hallábase desde mucho antes de llegar el tren, enteramente ocupada por los elementos oficiales: allí estaban el Presidente de la República Sr. Poincaré, el Gobierno en pleno, el embajador de España, Sr. Villaurrutia, con su esposa y todo el personal de la embajada, los presidentes del Senado y del Congreso, el gran canciller de la Legión de Honor, comisiones del Consejo general del Sena y del Ayuntamiento de París, el gobernador militar, la delegación del municipio madrileño, muchos elevados funcionarios y gran número de otros personajes. En el andén había formada una compañía de la Guardia republicana, para tributar los honores a D. Alfonso XIII, y las fuerzas del 28.º regimiento de línea cubrían la carrera desde la estación hasta el palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros, en donde se había dispuesto suntuoso alojamiento para S. M.

Al llegar el tren, la música tocó la Marcha Real y la Marsellesa y el Sr. Poincaré se adelantó hacia el Rey, que vestía el uniforme de general de artillería y lucía el gran cordón de la Legión de Honor. El Presidente de la República estrechó afectuosamente las manos del Rey y le dió la bienvenida, expresando la altísima satisfacción que sentía de poderlo abrazar en la capital de Francia.

En seguida el Sr. Poincaré presentó a D. Alfonso XIII los principales personajes que habían acudido a recibirle y el Rey, a su vez, hizo la presentación de las personas que le acompañaban. Después S. M. y el Presidente pasaron revista a la compañía que les había tributado los honores, y cuya bandera saludó militarmente el monarca, y en seguida, precedido del director del Protocolo, Sr. Mollard, salió de la estación el cortejo real.

Al aparecer el Rey, las tropas presentaron armas, las músicas tocaron la Marcha Real y la multitud inmensa allí congregada prorrumpió en calurosas aclamaciones que no cesaron un momento en todo el trayecto recorrido por la regia comitiva. Inmediatamente S. M. y el Sr. Poincaré su-



Salón del palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros en donde se ha alojado S. M. el Rey durante su estancia en París.

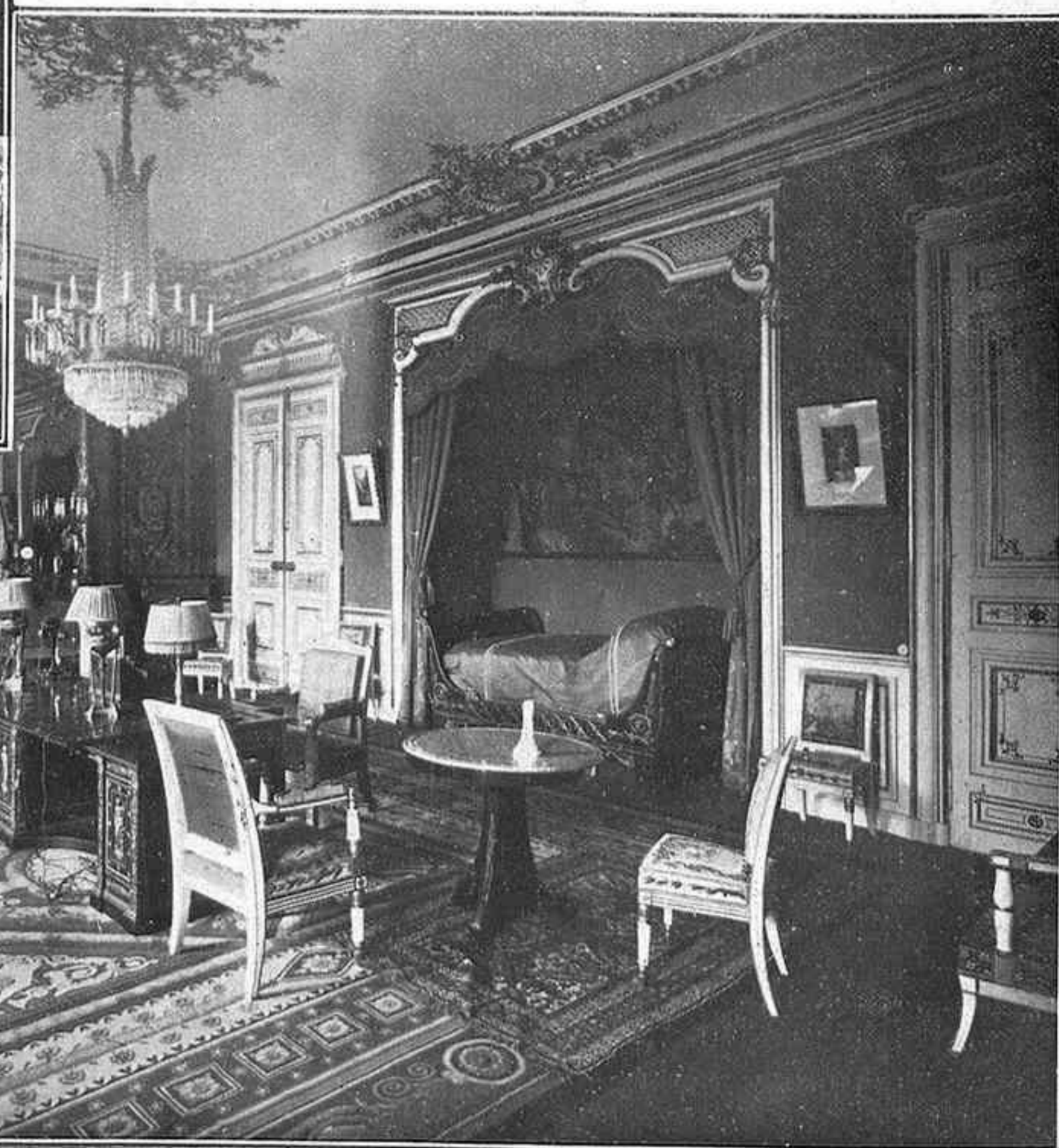
tanen generales, comisiones de todos los cuerpos de la guarnición, senadores, diputados y otras muchas ilustres personalidades.

El Rey, después de saludar afectuosamente a cuantas personas le aguardaban, dirigióse con los generales Marina y Aznar al extremo del andén, en donde una compañía del regimiento del Rey rindió los honores de ordenanza. S. M. revistó la compañía y regresó inmediatamente al pie del vagón que había de conducirle hasta la frontera. A las nueve y media en punto dióse la señal de salida; el monarca estrechó efusivamente la mano a los infantes, saludó sonriendo a las demás personas y subió al coche, resonando en aquel momento un «Viva el Rey!» que fué contestado con gran entusiasmo. El convoy, que iba conducido por el duque de Zaragoza, se puso en movimiento, mientras la banda ejecutaba la Marcha Real y la muchedumbre allí congregada no cesaba en sus aclamaciones al Rey.

Con S. M. marcharon a París el presidente del Consejo de Ministros conde de Romanones, el jefe superior de Palacio marqués de la Torrejilla, el ayudante secretario conde de Aybar, los ayudantes de campo coronel Echagüe y teniente coronel conde de Casa Davalillo, el Sr. Quiñones de León, el agregado militar de la embajada de Francia coronel Tillión y el primer oficial de la Inspección del Regio Alcázar Sr. Ferrer. Acompañando al Rey hasta Hendaya fueron el director general de Obras Públicas señor Zorita, de jefe de tren, y el comandante general de alabarderos general Aznar.

El monarca fué saludado en todas las estaciones del tránsito con gran entusiasmo, y en la de Hendaya, que estaba magníficamente adornada, cumplimentáronle el prefecto de los Bajos Pirineos, el alcalde, el general de división Mas Latrie y otros militares de alta graduación.

El tren real llegó a París a las diez y veinte minutos. La estación del Bosque de Bolonia,



Dormitorio de S. M. el Rey en el palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros
(De fotografías de M. Branger.)

bieron a un carruaje de gala tirado por cuatro magníficos caballos, ocupando sus séquitos otros coches, y el cortejo, al que daba escolta un regimiento de coraceros, se puso en marcha, mientras una batería hacía las salvas de ordenanza, las bandas ejecutaban el himno nacional español y el público vitoreaba con entusiasmo a D. Alfonso XIII, quien, verdaderamente emocionado



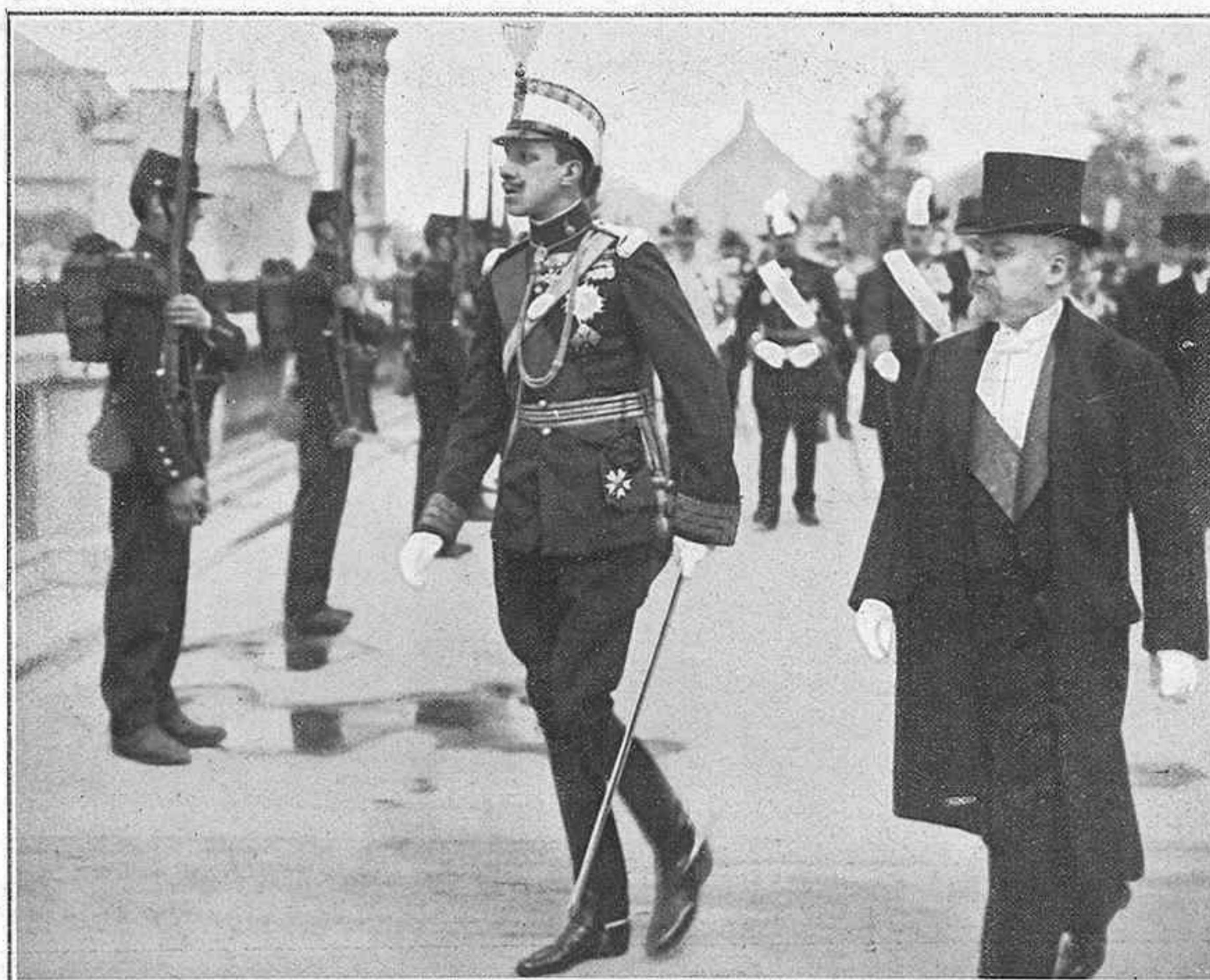
Llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII a París. - El presidente de la República recibiendo a S. M. en la estación del Bosque de Bolonia
S. M. el rey D. Alfonso XIII saliendo de la estación en compañía del Sr. Poincaré. (De fotografías de Trampus y Rol.)

ante aquel espectáculo indescriptible, correspondía a tales manifestaciones saludando militarmente. Cuando el cortejo pasó por delante de la Cámara de Diputados, izóse en aquel edificio la bandera española, lo que produjo una nueva explosión del entusiasmo popular.

Por el Bosque de Bolonia, plaza de la Estrella y plaza y puente de la Concordia, dirigióse la comitiva al palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros en donde el Sr. Poincaré acompañó a sus habitaciones a S. M. quien, antes de despedirse del Presidente de la República, expresó la vivísima satisfacción que experimentaba por la calurosa acogida que el pueblo de París acababa de dispensarle.

Después de un breve descanso del monarca, éste y el Sr. Poincaré, con sus respectivos séquitos, marcharon a pie a la Explanada de los Inválidos en el centro de la cual habíase levantado un estrado, desde donde habían de presenciar el desfile de las tropas de la guarnición de París, que se efectuó bajo las órdenes del general Michel, gobernador militar de la plaza, por el orden siguiente: alumnos y profesores de las escuelas militares, la guardia republicana, el cuerpo de bomberos, las fuerzas de la guarnición y un escuadrón de caballería de Saint-Cyr. El desfile resultó admirable y D. Alfonso XIII, que lo había presenciado de pie, saludando militarmente las banderas, felicitó al Sr. Poincaré por la marcialidad de las tropas francesas.

La enorme multitud que desde los



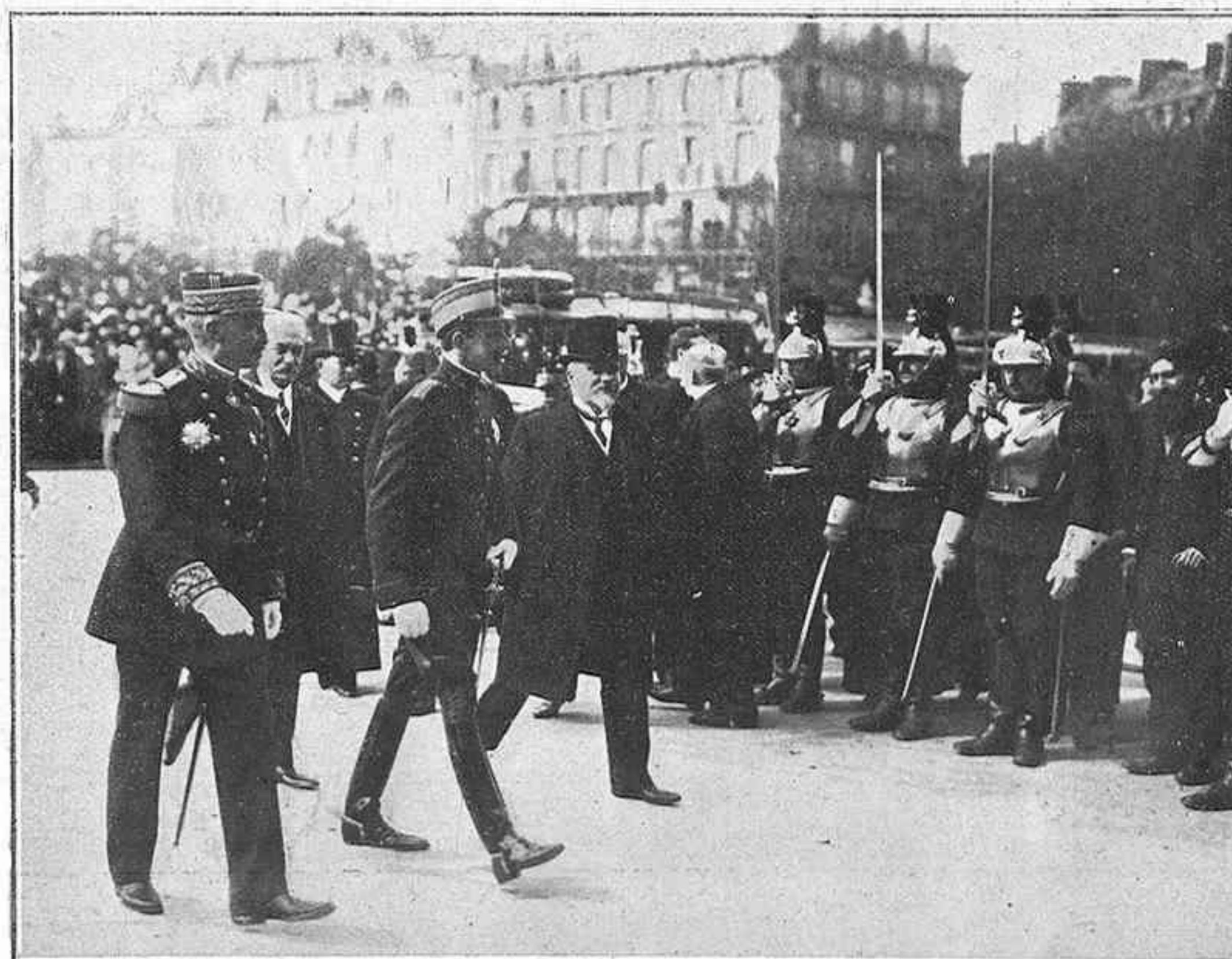
S. M. el Rey, acompañado del Sr. Poincaré, revistando a las tropas en la Explanada de los Inválidos. (De fotografías de Archives du Miroir.)

alrededores de la explanada presenció el espectáculo, no cesó ni un momento de aclamar a las tropas, al Rey y al Presidente de la República señor Poincaré.

Terminado el desfile, S. M. y el presidente se dirigieron en automóvil al Elíseo, en donde el Sr. Poincaré ofreció al monarca un almuerzo íntimo, después del cual el Rey, el Presidente y el conde de Romanones fueron a la Escuela Militar de Saint-Cyr, en donde fueron recibidos por el ministro de la Guerra y varios generales. Don Alfonso XIII visitó detenidamente todas las dependencias de la Escuela y cuando se hubo terminado la visita, fueronle presentados los cuatro suboficiales a quienes condecoró hace ocho años y dos de los cuales resultaron heridos a consecuencia del atentado de la calle de Rohán.

Desde la Escuela Militar regresó el Rey a su alojamiento, en donde se despidió de él el Sr. Poincaré y en donde recibió luego al expresidente de la República Sr. Loubet, al Cuerpo Diplomático acreditado cerca del gobierno francés y a su madre política la princesa Beatriz de Battenberg.

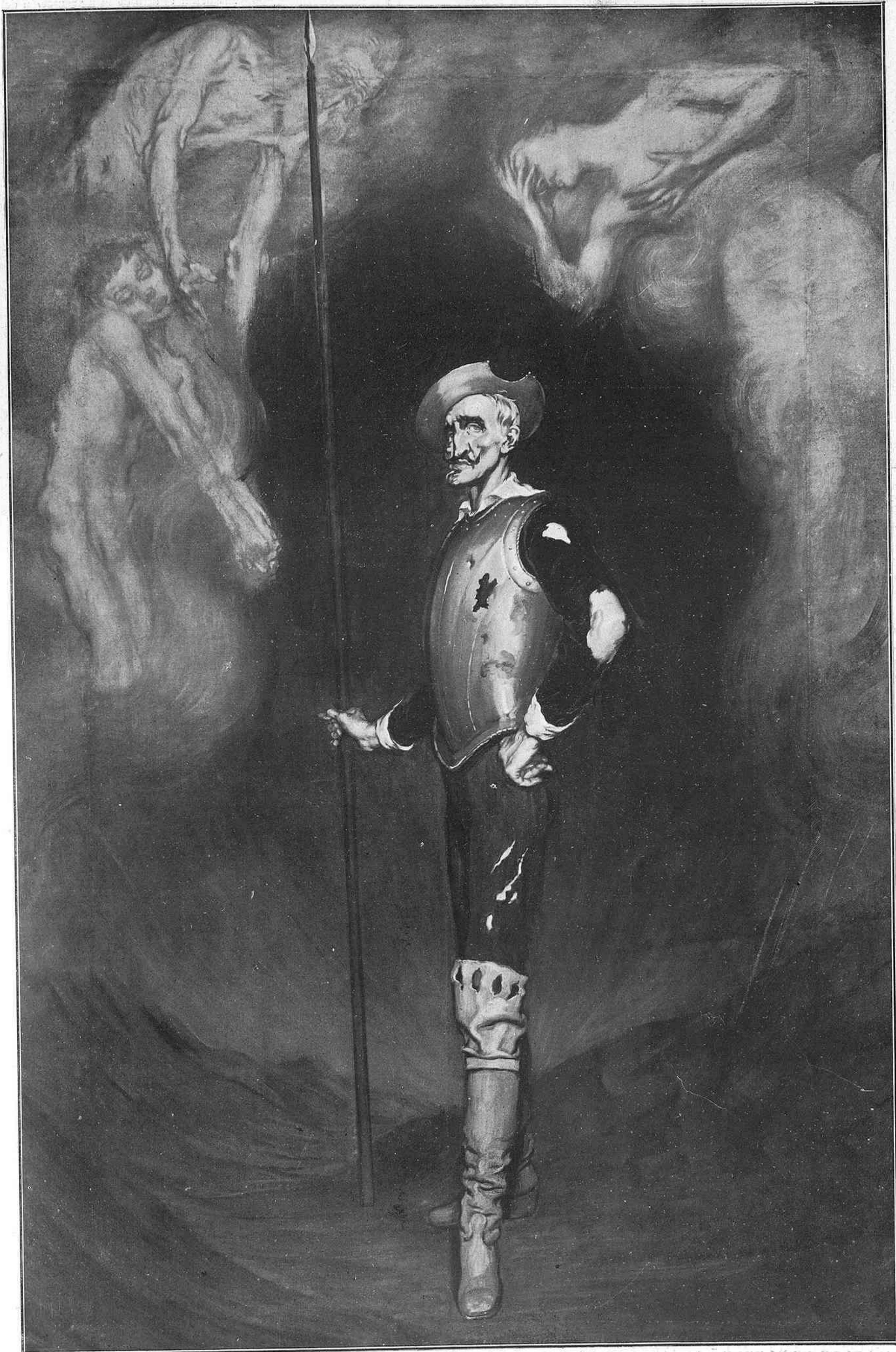
Poco antes de las ocho, S. M. salió del palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros, en carroza de gran gala, acompañado del general de Mas Latrie y del conde de Romanones y escoltado por un escuadrón de coraceros, dirigiéndose al Elíseo para asistir al banquete oficial dado en su honor por el Presidente de la República en la residencia presidencial.



Tribuna en la Explanada de los Inválidos desde la que S. M. el Rey y el Sr. Poincaré y sus séquitos presenciaron el desfile de las tropas
S. M. en unión del presidente de la República revistando al regimiento 1.º de Coraceros a su llegada a la Escuela Militar. (Fotografías Branger.)



FRUTAS DE CÓRDOBA: LAS ACEITUNAS. EL TRIGO. EL VINO, composiciones decorativas de M. Villegas Brieva.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA cuadro de A. de La Gándara

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

DE TETUÁN

Al día siguiente del en que llegó a Tetuán el jalifa, príncipe Muley-El-Mehdí, celebróse en la residencia de éste la recep-

de reposan los restos de los héroes de la guerra de 1860, a depositar sobre su tumba una magnífica corona. El alcalde y el cónsul español pronunciaron elocuentes discursos enalteciendo la memoria de los que en aquella gloriosa campaña derrama-

MÁLAGA. - HOMENAJE AL PINTOR FERRÁNDIZ

Por iniciativa de la Academia de Bellas Artes de Málaga se ha erigido en el Parque de la hermosa capital andaluza un monumento al ilustre pintor Bernardo Ferrándiz.

Asistieron al acto de la inauguración del monumento, que es obra del escultor Vallmitjana, el gobernador civil, el alcalde con una nutrida comisión de concejales, una representación de la Diputación provincial, el presidente de la Academia de Bellas Artes y numerosos académicos, el director y los profesores de la Escuela de Artes y Oficios, un delegado del Ayuntamiento de Valencia y muchos representantes de corporaciones científicas, literarias y artísticas.

Pronunciáronse sentidos discursos enalteciendo la memoria del artista a quien se considera como el creador de la escuela pictórica malagueña contemporánea, y se depositaron en el monumento varias coronas, entre ellas dos de Sorolla y Moreno Carbonero, discípulos que fueron de Ferrándiz.



Tetuán. - Solemne acto de colocar sobre las tumbas de los héroes de 1860 la corona que les dedicaron la colonia española y el Ayuntamiento de Ceuta. (Fot. Rectoret.)

ción de los elementos oficiales españoles. Reunidos éstos en la residencia del alto comisario, trasladáronse, presididos por éste, a la del jalifa, a cuya puerta los esperaban los funcionarios del majhzen y el bajá de Tetuán.

El general Alfau, que fué recibido a los acordes de la Marcha Real, penetró en el salón en donde se hallaba el jalifa, quien se adelantó a saludarle, y se sentó a su lado, comenzando entonces la recepción, desfilando por delante de ambos personajes el Ayuntamiento de Ceuta, el cónsul Sr. Viguri, el médico agregado al consulado, el canciller interino, el perso-

ron su sangre por la patria, y el coronel del regimiento de Africa Sr. Bernal dedicó también sentidas frases a los militares cuyas cenizas reposan en aquel cementerio.

PARÍS. - LA FIESTA DE JUANA DE ARCO

Las manifestaciones organizadas el domingo, día 4 de este mes, en París, en honor de Juana de Arco, han revestido excepcional importancia.

Numerosas fueron las comitivas que se organizaron para ir a depositar coronas en las estatuas de Juana de Arco que se levantan en la plaza de San Agustín y en la calle de las Pirámides, habiendo desfilado por delante de éstas millares de manifestantes, a pesar de la lluvia que cayó durante toda la mañana. La principal de ellas fué la de la Liga de los Patriotas, presidida por el entusiasta e infatigable propagandista Pablo De-

roulede. Muy importantes fueron también la de las agrupaciones



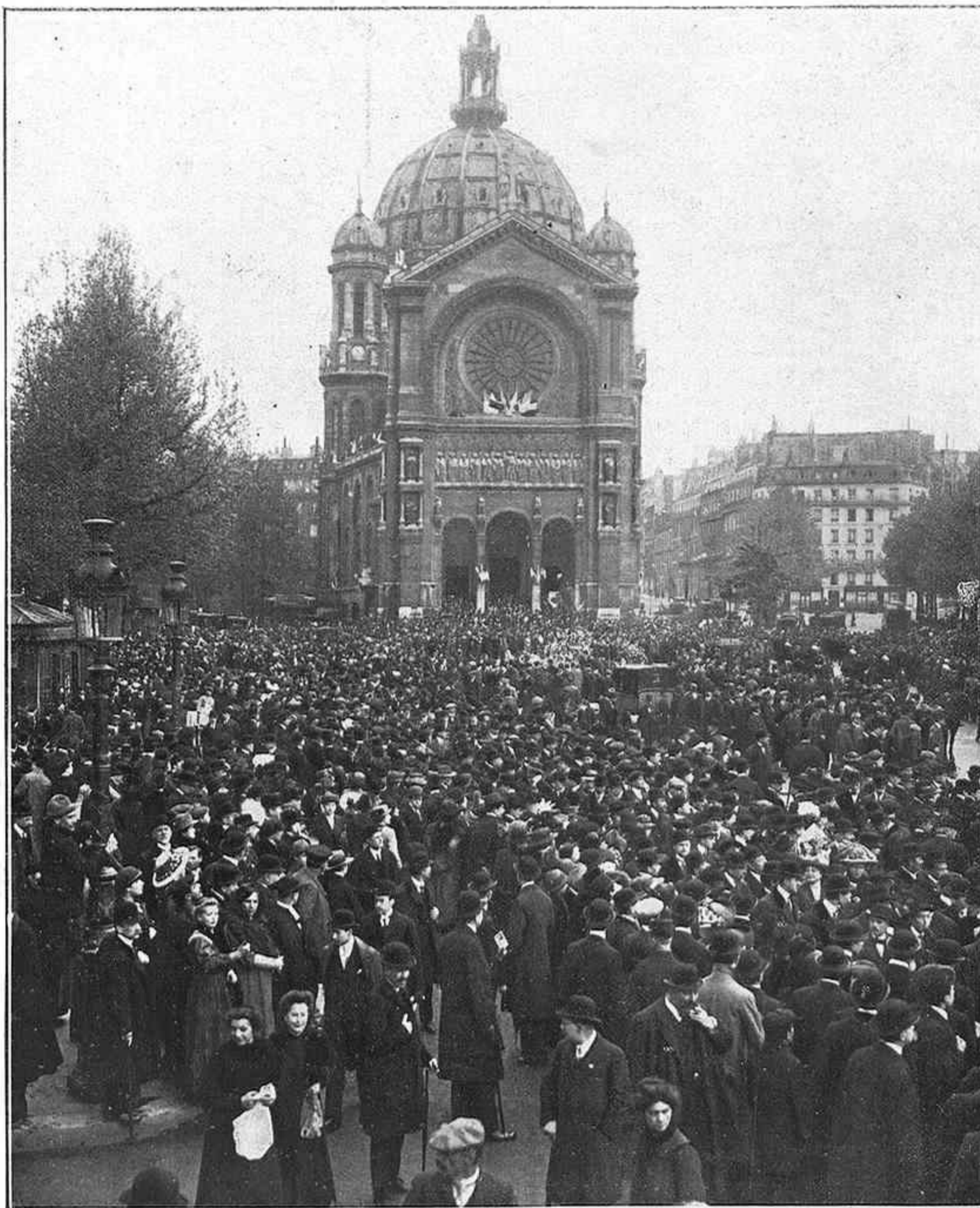
Málaga. - Inauguración del monumento erigido a la memoria del ilustre pintor Bernardo Ferrándiz. (De fotografía de Castillo.)

MADRID. - LA CARRERA DE LA ANTORCHA

Con buen éxito se ha estrenado en el teatro de la Zarzuela el drama en cuatro actos *La carrera de la antorcha*, del eminente dramaturgo francés Pablo Hervieu, quien ha dirigido personalmente los ensayos y asistido al estreno, siendo objeto de una ovación entusiasta. La obra pertenece al llamado teatro de ideas y su argumento encierra una fatalidad desconsoladora y una profunda melancolía; la acción se desarrolla hábilmente,



Madrid. - El eminente dramaturgo francés Pablo Hervieu con los principales actores y actrices que han estrenado con gran éxito en el teatro de la Zarzuela su drama «La carrera de la antorcha» (De fotografía de Vidal.)



París. La fiesta de Juana de Arco. - Vista general de la plaza de San Agustín, en donde se levanta la estatua de Juana de Arco, durante la manifestación. (De fotografía de M. Rol.)

nal de las oficinas de Hacienda, Fomento, Obras Públicas, Aduanas y Correos y Telégrafos, la Cámara de Comercio y numerosos jefes y oficiales del ejército de ocupación.

Por la tarde, el Ayuntamiento de Ceuta con la colonia española en masa y el elemento oficial fué al cementerio en don-

Pirámides, quedaron materialmente cubiertos de coronas y de ramos de flores. Todos los manifestantes estaban poseídos del mayor entusiasmo, al que se asoció el enorme gentío que llenaba las calles y que prorrumpía en clamorosos vivas a Francia y a Juana de Arco.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Todo le impelía hacia aquel vértigo: la ardiente savia de la primavera, la embriaguez que le trastornaba la cabeza junto a aquella mujer cuyo imperio fulminante, después de los años de destierro, encarnaba el triunfo de la raza de elección con la cual estaba vinculado por herencia, con todas sus fibras, de aquella raza blanca superior cuyo espejismo le había perseguido siempre en sus insomnios solitarios de Asia.

Con sus dedos floridos de sortijas - ¡delicioso roce! - Vera acarició las sienes del Cónsul.

- Mañana se arrepentirá usted de haber pronunciado esas palabras.

- No.

- Se arrepentirá. Quizá se arrepiente ya ahora mismo.

- ¡No, no!

- Leo más claro en usted que usted mismo; le inspiro casi más deseo que amor. ¡Oh!, habla usted de buena fe. Pero, ¿qué pensaría usted si yo cediese a su arrebato?

- Póngame a prueba. El tiempo...

- Sufiría usted; y yo no quiero hacerle sufrir; no soy la mujer que le conviene a usted; soy mala y capaz de hacer el mal por el mal.

- No lo creo.

- Aun cuando la hostilidad segura y el rompimiento probable de nuestros vínculos de alianza no hiciesen toda unión imposible, tengo otras razones.

- Quiero saberlas.

- Desde luego, mi voluntad de permanecer independiente.

- La respetaré. Pero ¿no se renuncia a ella cuando se ama?

Ella dejó escapar una sonrisa de protección burlesca:

- No. Quiero ser libre.

Él preguntó celosamente:

- ¿Por quién?

- Por mí. No insista usted, Jaime. Escuche: voy a confiarle otra razón más valedera. Déme usted su palabra de caballero que no la repetirá a nadie.

- Tiene usted mi palabra.

- Soy casada; mi marido vive todavía.

- ¡Ah!, exclamó él con un gesto de dolor, y sin embargo como aligerado de un peso, sin que pudiese explicarse aquella imponderable liberación.

Pero dudó ante las apariencias cada vez más equívocas de la amistad del marqués y la familiaridad de camarada con que trataba a sus otros amigos:

- ¿A qué esa mentira?

- Para mi comodidad. No ha sido la única que le he dicho a usted; pero entonces no sabía que me amase de veras. ¡Casarse conmigo!.. ¡Muy amable! Más que amable: ¡generoso y valiente!.. Olvide esa quimera y acépteme tal cual soy: la aventurera que las circunstancias han hecho. Me separé de mi marido, hace cinco años, de acuerdo con él, llevándome mi fortuna.

¿De acuerdo, o mediante algún drama secreto y vergonzoso? ¿Decía la verdad esta vez? ¿Cómo saberlo?

- ¿Y después?

- Después... He vivido...

- No va usted a dejarme suponer cosas cuya idea

lesarnos en punto a concupiscencias ardientes y bajas, se elevaba una voluntad exasperada de no perderla. El joven murmuró:

- Usted no me ama.

- ¿Pero qué más quiere?, contestó ella con una sonrisa, en la que él creyó ver la señal del ángel y no ya el sello del oscuro espíritu que había atestiguado un momento sus facciones.

- ¿Me ama usted, Vera?

- ¿No lo adivina, no lo ve usted? ¿Le hablaría a usted, si no, como no he hablado a nadie? Escuche. Cuando le estaba esperando, no sabía si le trataría como enemigo. Ya he dicho a usted que yo no soy buena, y tengo terribles caprichos. He visto a Sergio.

- ¿Le ha visto usted?.. ¿Cuándo?

- Salía de aquí cuando usted llegó.

- ¿Entonces?

- Me ha contado a su manera sus diferencias con la hermana de usted. Él también sabe mentir. No lo creo inocente; muy lejos de eso; pero tampoco le creo culpable y, por lo demás, son cosas que no me importan. Pero mi hermano puede perjudicar mucho a su mujer. No le detendría ningún escrúpulo. A falta de pruebas, tiene presunciones: una carta de su esposa y de alguien..., en fin, que no le es indiferente.

- ¿Qué me cuenta usted?, dijo Jaime aterrado, pues distaba mucho de suponer...

- He logrado que Sergio me entregase esas cartas, como mediadora del acuerdo en que consiente. El divorcio, no lo admite. La separación de cuerpo, tampoco. Pero se prestaría a una separación amistosa que, dejando subsistir la posibilidad de una reconciliación, reserve el porvenir y asegure el interés de los hijos. Provisionalmente,

los confiaría a la hermana de usted, dejándole libre de disponer de lo que le pertenece. Pone una condición; dispense usted que se la repita: que nada, en la conducta de la señora Polotzeff, venga a legitimar a los ojos del mundo las sospechas que ha concebido, y que esas cartas pueden justificar por personas prevenidas y malévolas.

- ¡Oh!, protestó Jaime. ¡La ofende!

- Me limito a prevenirle las intenciones de Sergio. Le será a usted menos penoso saberlas por mi conducto y comunicarlas a su hermana. Por nada de este mundo debo desprenderme de esas cartas. Antes de que usted llegase, me preguntaba si me serviría de ellas para humillarle a usted y hacerle sufrir. Sergio no me las ha confiado sino para que yo intentase una especie de exacción con usted y los suyos, para forzarles la mano e impedir la demanda de divorcio, proceso o represalias.

Vera Belloni sacó del pecho un sobre abierto.

- Estas cartas, Jaime, se las entrego; haga usted de ellas lo que le plazca. Por lo demás, obre como mejor le parezca. Hago traición a Sergio, obro mal con él, me expongo a una venganza cuyo peligro no



Vera Belloni

me tortura. Vera, ¿usted no ha amado a esos hombres?..

- ¿A qué hombres?

- Bien lo sabe usted. El marqués y esos...

- ¡No, no; a ellos no!

El acento fué sincero, sin embargo... Sin embargo no quiso dudar de ella.

- ¿A qué otros, pues?

- ¿Qué le importa a usted? Yo no le debía a usted nada.

Él gimió:

- ¡Y yo que la colocaba a usted tan alto! ¿Por qué la he amado?

- Porque yo era la primera y usted pensaba en el matrimonio; ya lo ha dicho.

La exactitud de esta verdad le hirió con la acericidad de una aguja. Pero renunciar a ella, aun despojada de la aureola con que la embellecía; a ella que andaba así por el mundo, hija del instinto; a ella velada con aquel misterio roto en que divisaba degradaciones y miserias; a ella impura; ¡a ella tan hermosa!.. Nunca tendría valor para ello. Del subterráneo mental, en que se agita lo que nos atrevemos a con-

ignoro; pero quiero dar a usted una prueba de abnegación que usted no rehusará. Estas cartas perderían a su hermana; tómelas usted.

Jaime vacilaba.

— Tómelas usted pronto, dijo la señora Belloni con un temblor en la voz, como si estuviese pronta a arrepentirse de su acto.

Cuando Jaime hubo metido el sobre en su cartera, ella le tendió sus manos finísimas y sus hermosos brazos desnudos que él besó con fervor.

— Ahora, váyase usted...

— ¡No lo exija, luego! Deje que le hable de mi amor, de mi gratitud.

Ella dijo en voz más baja:

— Mañana..., mañana vuelva usted. ¡Váyase! ¡Más vale así!

IV

Jaime estaba muy emocionado, cuando pudo hablar a solas con la «condesita».

— ¡Oh!, por favor, había exclamado ella, no me llames así. ¡Todo lo que me recuerda mi nombre me causa horror!

Ella estaba ojerosa y, de vez en cuando, la agitaban estremecimientos nerviosos como los que se tienen en las pesadillas.

El la centemplaba con tanto embarazo como bondad. En las lentas y ociosas horas de China, su corazón y su cerebro no habían pasado por semejante agitación. Los sentimientos por Vera, complejos, habían adquirido formas nuevas, en que la compasión que le inspiraba Simona, se enervaba a causa de la inmixción propicia de la que él amaba.

¡Qué generosa se había mostrado!

Un pudor fraternal cohibía sus explicaciones; pero Simona, cuya historia se aclaraba poco a poco en la familia, le manifestó una confianza tan afectuosa que él se mostró más desembarazado para sacar de su bolsillo las famosas cartas. ¡Uf!

Ella las desdobló con manos trémulas, y fijando en él una hermosa mirada de angustia, preguntó:

— ¿Las has leído?

— ¡Yo! ¿Me crees capaz? Hubiera sido una falta de delicadeza muy grande.

— Léelas entonces.

Él no quería, pero ella insistió. ¡Pobre hermanita! ¡Cómo había debido sufrir!

Terminaba la lectura cuando Isabel entró. No estaba de más y los tres celebraron consejo. De común acuerdo las cartas fueron quemadas; Simona vió con alivio, y también con pena, desaparecer el comprometedor testimonio: le pareció que destruían algo del pensamiento y de los sentimientos del hombre amado, y hasta de los suyos. En cuanto a las negociaciones con Sergio, la noble actitud de la señora Belloni quería que se recurriese a su mediación.

Cinco minutos después, se conferenciaba en presencia del señor y de la señora Fabrecé. Había sido necesario que Simona, ante las legítimas inquietudes de sus padres y hermanos por su huida y su falsa situación, se decidiese a una confesión completa: las innobles brutalidades de Sergio y — lo más penoso — cómo su amigo Enrique Le Jas se encontraba mezclado en aquel drama sin salida.

— ¡Sin salida! Porque, ¿había alguna solución práctica que permitiese salir de aquel laberinto? El casamiento de Simona con Le Jas, lo hubiera arreglado todo, aunque no ciertamente a gusto del Sr. Fabrecé y su mujer, enemigos del divorcio y que no ignoraban los inconvenientes de un segundo matrimonio hasta para un viudo — ¿no tenían el ejemplo de Juan Marcos? — Pero, de los males, el menor, y aquel arreglo hubiera parecido tolerable, por cuanto Le Jas presentaba suficientes garantías morales.

Desgraciadamente, no había que esperar nada de aquella parte. Había el obstáculo irreductible de la mujer de Le Jas y, en cuanto a Simona, se veía atada por la resolución de Sergio de oponerse completamente al divorcio.

El Sr. Fabrecé, que reflexionaba, levantó la cabeza.

— Una separación legal, que te dejaría tres años de reflexión y no precipitaría nada, me parece lo más prudente. El inconveniente del escándalo que acompaña a esa clase de procesos sería atenuado si se obtuviese el asentimiento de tu marido. Porque entonces todo se arreglaría en tres semanas. ¿Tienes algo que decir, Isabel?

— Temo, papá, lo que pudiera llamar la atención sobre ella y ser reprochado más tarde a sus hijos. Aun siendo rápida, esta separación de una Fabrecé no pasaría inadvertida.

— Sin duda, pero tu hermana ganaría en ello una situación despejada. La ley la protegería. De lo contrario, no tiene más garantía que las promesas de su

marido, que sigue siendo el amo, afianzado en sus derechos de esposo y de padre. Y la palabra de Polotzeff no me inspira ninguna confianza.

Se volvió hacia Jaime que había iniciado un gesto.

— Papá, dijo éste, ¿qué remedio queda? La señora Belloni me ha asegurado que Sergio tampoco consiente en ese género de ruptura.

— Se puede pleitear, dijo el Sr. Fabrecé.

— Y se puede perder el pleito, objetó Isabel.

La señora Fabrecé tomó la palabra:

— Me parece que nuestra delicadeza se ve obligada a corresponder al acto espontáneo de la señora Belloni que desarma a su hermano. No debemos exponer esa señora a que tenga que arrepentirse de su imprudencia. Y hasta respecto a Sergio, por culpable que sea, ¿no habría algún peligro en rechazar un acuerdo que evita el escándalo, te deja tus hijos, Simona, y te libra de un yugo intolerable? ¿Qué opinas? Eres la principal interesada y nada dices.

Simona se echó a llorar.

La infeliz esperaba, contra toda esperanza, contra toda lógica, por puro instinto de mujer que no ve más que una cosa, que ama y es amada, que las leyes son absurdas y los seres malos, que la agobian de buenas razones cuando, detrás del muro del negro calabozo, hay la luz, la esperanza, el aire libre, la felicidad, la vida.

Rodeóla un piadoso silencio, que atestiguaba la impotencia de los suyos. El Sr. Fabrecé, con el ceño fruncido, irritado en su orgullo, mortificado en su sentido de justicia y emocionado en su ternura demasiado inteligente para no absolver a su hija, a quien compadecía con todas sus fuerzas, dijo:

— Bueno, pues tratemos. Pero insisto en que sea para una separación legal. Jaime transmitirá desde luego mis gracias a la señora Belloni, yo iré después a hablar con ella. También será necesario que hable con Sergio. Lo menos que se puede exigir es un compromiso ante testigos o por documento público, porque con él...

Puso la mano sobre el hombro de Simona, abatida:

— Animo, hija mía. Estás bajo la salvaguardia de tu familia. Provisionalmente te quedan tus hijos. Tienes una noble misión: consagrarles toda tu alma. Te tengo en demasiada estima, y también a Le Jas, a pesar de su conducta irreflexiva e imprevisora, para no estar seguro de que renunciaréis animosamente a un sueño imposible.

— No puedo renunciar a mi amor, murmuró Simona, desesperada. ¿Qué iba a ser de mí? Preferiría matarme, como Clara Jayant, antes que volver a juntarme con ese miserable Sergio. ¡Pero perder a Enrique! ¡Padre, lo que usted me pide es espantoso!

Mamá Reina, a la vez lastimada y sin embargo conmovida en el fondo del corazón por la sinceridad de la desesperación de Simona, le tenía cogidas las manos; movían sus labios los consejos que ella hubiera querido formular y que expiraba por piedad.

El Sr. Fabrecé, en pie, dijo con una tristeza severa, pero llena de bondad:

— Te pido, hija mía, la única cosa compatible con tu dignidad y con la nuestra. Aun cuando Polotzeff no te lo impusiera, tu honor exigiría que Enrique Le Jas y tú cortaseis unas relaciones tan sospechosas como peligrosas. El amor, pobre hija mía, se alimenta de la presencia como la llama de la leña que la activa. Olvidarás; ¡eres tan joven! Otros han amado, o han creído amar, y los meses y los años...

— Pero papá, precisamente porque soy joven no puedo resignarme a vivir muriendo.

— Mi pobre Simona ¿no te acarreaste tú misma la desgracia?

— Sí, me engañé, pero ¿debo expiar ese error toda mi vida? ¡Yo era una niña! Yo amaré siempre a Enrique. No puedo apartarlo de mi pensamiento, don-de reina. ¿Cómo es posible que yo cese de amarle?

Isabel le dijo con ternura:

— No se te puede arrancar el corazón, hermana mía. En lo más íntimo de tu ser, tu conciencia es el único juez. Pero debes tener el valor de romper materialmente un lazo que os precipitaría juntos a la ruina de todo lo que para ti, para nosotros todos, significa la única razón de vivir: el deber, el ideal de todos aquellos con quienes comulgas por la carne y por el espíritu.

— Cree lo que te dice Isabel, dijo el padre. Cuanto más doloroso te sea el sacrificio, más crecerás en la estimación de los que te rodean y que no sienten por ti más que ternura desolada. Ni siquiera puedes elegir. Acepta la necesidad, no como una cobarde, sino como una verdadera Fabrecé.

Las viejas manos de Mamá Reina estrecharon, suplicantes e imperativas, con más y más fuerza, las de Simona.

Ésta miró alternativamente a Isabel y su bello ros-

tro de fe, a Jaime compasivo, a su madre respirando penosamente de emoción y de fatiga, y al padre en pie, grave y firme. Comprendió que nada podía contra las fuerzas inexorables de la sociedad, de la familia y de los principios cuyo cruel rigor había impregnado su propio cerebro.

Se vió mutilada, amputada de lo mejor de sí misma, y, sin embargo, fortalecida por la idea de que aceptando tan prodigioso tormento, debía obedecer a la fatalidad de un destino superior. Pálida, anonadada, pero con los ojos altivos, y atiesándose para afirmarse también, ella, la verdadera Fabrecé que le exigían que fuese, murmuró:

— Padre, haré lo que usted quiera...

Habían contado sin Polotzeff.

Cuando Jaime volvió a ver a la señora Belloni, no pudo ocultarle que había estallado una escena horrible entre ella y su hermano, exasperado de que se hubiese desprendido de las cartas. Vana traición, porque, desconfiado, conservaba fotografías de las mismas. Y en vista de lo ocurrido, llevaría las cosas al extremo. ¡Ya se vería lo que iba a costarle a Simona el abandono del domicilio conyugal! ¡Ah! ¡Se burlaban de él! ¡Pues fuera avenencias!

Ejercería su autoridad de esposo y padre para exigir la vuelta de su mujer e hijos a su casa. ¡El matrimonio con todas sus consecuencias! ¡Tenía la ley en su favor!

Jaime, al oír estas cosas de labios de Vera, vibrante de indignación y de animosidad, tuvo la revelación de una mujer muy distinta de la que divinamente le había sonreído, en su suave traje color de rosa, de cuyas anchas mangas orladas de plumas de cisne emergían sus blanquísimos brazos.

Ahora en traje sastre de viaje — ¿no se lo había dicho? Cambiaba de hotel después del escándalo causado por Sergio —, un traje obscuro que le daba aires de esbeltez y fuerza, con la expresión dura y reflejos de tormenta en los ojos, parecía una joven y bella loba pronta a abalanzarse y a morder.

Como si hubiese caído una máscara, notó en aquel rostro nuevo expresiones de alma misteriosas y violentadas, de un atractivo intenso y sin embargo repulsivo, como si en él se transparentaran pasiones desconocidas.

Ello causó un malestar, hasta que su dulzura y su persuasión hubieron calmado un poco a su bella amiga.

— ¿Polotzeff la insultó, no es cierto?, preguntó dispuesto a sostener, con la causa de Simona, la de Vera Belloni contra el agresor, con el bofetón y la espada.

— Eso tiene poca importancia. ¡Una vez más! Siendo niños, nos batíamos hasta desgarrarnos la cara. Sí, sin mi presencia de espíritu y el auxilio de Juana, quizá no me hubiera usted vuelto a ver viva. ¡Mire usted!

Ella inclinó la cabeza, levantó la sedosa cabellera y enseñó un surco de sangre coagulada: la marca de una cuchillada inferida con un cortaplumas, a falta de otra arma, dirigida a la cara, apuntada a los ojos para sacárselos, pero que se desvió afortunadamente bajo el codo que ella levantó a tiempo.

Jaime palideció; su amor le refluyó al corazón, y odio salvaje le crispó contra aquel verdugo de mujeres.

— Le mataré, dijo sonriendo, con una sonrisa que descubrió los dientes, y cruel como las que mostraba allá, en China, cuando suplicaba a un condenado.

— No, Sergio es de primera fuerza a pistola y a esgrima.

— ¡Me es igual!

— Se negaría a batirse con usted. ¡Y usted no va a batirse con un demente!

Vera terminó su relación: la intervención de Juana, sus gritos de socorro no habían impedido una nueva arremetida de Polotzeff. Este no se había detenido sino ante el revólver apuntado por su hermana, un pequeño revólver de bolsillo que ya la había protegido varias veces en su vida azarosa. Acudieron criados del hotel: hubo que darles vagos pretextos para que se retiraran, lo que hicieron sin darse por convencidos. No quería seguir viviendo en aquel hotel donde iba a ser objeto de curiosidad. Había alquilado ya un piso amueblado en la calle de Pergolesa.

— Pero, dijo Jaime, su hermano es peligroso. ¡No puede usted vivir indefensa!

— Conozco a Sergio. Va a desaparecer por algún tiempo. No oírás usted hablar de él sino por actas judiciales. Nada los une ya; no vacilen: que su hermana se defienda y reclame ante los tribunales su libertad.

Y añadió resuelta:

— Si Sergio vuelve a ser agresivo, yo sabré impedir que haga daño.

Agradecida a las intenciones del Sr. Fabrecé respecto a ella, insinuó:

— ¿No le parece a usted, amigo mío, que es preferible que nuestras vidas, las de ustedes y la mía sean paralelas? Mi puesto no está entre ustedes, ni el suyo en mi casa. Todo nos aleja.

A su vez, él le agradeció esta delicadeza: una cohesión demasiado familiar le hubiera sido desagradable. Sus ilusiones más calurosas sobre Vera no llegaban al extremo de desear verla en Val-Montoir, o en trato con sus hermanas. En razón del ardoroso entusiasmo que le arrastraba hacia ella y la quería toda para sí, se reservaba él un culto celoso y secreto, sin testigos ni censura.

Vera adelantó a sus deseos diciéndole:

— ¿Sabe usted lo que haría esta noche, si fuese amable? Vendría a buscarme a la calle de Pergolèse para llevarme a alguna taberna de Montmartre.

Pero, cuando se presentó en su nueva morada, Vera no tenía ya ganas de salir. Las magníficas flores con que él había hecho llenar el piso de un gran perfume y de una gloria deslumbradora, ¿le habían producido dolor de cabeza? Comerían improvisadamente sobre una mesita redonda. Estarían solos y estarían bien.

— ¡Magnífica idea!

Llenó de satisfacción a Jaime.

Éste volvió a encontrar la Vera del otro día, la Vera de un encanto de hada y de sirena, a la vez delicosa e inquietante. No llevaba ya el traje de viaje que se amoldaba a su musculatura. Libremente envuelta en su gran mantón de Manila, bordado de flores de seda purpurina, con un grueso clavel oloroso prendido cerca de la oreja, parecía otra mujer.

Jaime admiró aquel poder instable y aquel don de refluencia perpetua. La señora Palmé se había eclipsado; y, medio tendida sobre el diván, entre los almohadones, Vera parecía más hermosa por su propio brillo.

Jaime estaba a su lado, lo más cerca posible. Y esta vez no hablaban de matrimonio, sino de otro vínculo cuya duración determinarían los acontecimientos.

Vera, con sus ojos lánguidos puestos en los de Jaime y sacudida de vez en cuando por risitas durante las cuales se incorporaba, ondulante bajo el mantón que se amoldaba a sus contornos firmes y voluptuosos, meneaba la cabeza con ternura:

— Jaime, se lo repito, hace usted mal en amarme. Le haré sufrir, Jaime. Aun es tiempo; tome su sombrero y váyase.

Él le contestó con besos en las uñas, en los dedos, en las muñecas y en los brazos, repitiendo:

— ¡La amo!

V

Enrique Le Jas estaba hipnotizado por su idea fija: la de librarse, Simona y él, de sus cadenas para pertenecerse algún día.

Enterado por Florencio, estaba constantemente furioso contra lo que él llamaba el egoísmo de los Fabrecé, su flojedad en obrar contra Polotzeff, aquel bandido enfermo que los jueces deberían segregar del matrimonio como indigno y enviar a la cárcel o a un manicomio, a elegir.

Enrique no comprendía que Simona pudiese resignarse a una separación amistosa sin seguridad ni garantías, que le mantenía en su odiosa esclavitud. Deseaba verla y hablarla a toda costa.

Aquel suplicio no podía durar; que ella estuviese allí, que únicamente los separasen algunos metros de distancia, un corredor, una pared, y no pudiese forzar la consigna inflexible que se había impuesto...

Le atormentaba de continuo la expresión de una desgracia, cuyo anuncio le pareció leer en el rostro de los miembros de la familia, más distantes, más reservados con él, sobre todo las mujeres.

Seguramente, si no se alejaba de por sí, el Sr. Fabrecé o Juan Marcos que le miraba con una simpatía ruda y le daba apretones de manos bruscos, no tardarían en despedirlo.

Florencio tenía compasión de él; había procurado vencer la resistencia de Simona; ésta, demasiado dispuesta a ceder, se defendía contra su propia debilidad. Partidario de los extremos, el muchacho no comprendía que su hermana no corriese todos los riesgos. Un divorcio, ruido, hasta un fracaso; ¡qué importaba! De actuación en actuación, podía intimidar o cansar al enemigo.

¿Y por qué no había de triunfar? ¿De qué servía aquel gran nombre Fabrecé, sino para pesar en la opinión de los magistrados y en el espíritu del público? ¿Iba ella a morir de pena y a desesperar a un hombre de corazón?

Cuando Florencio la argumentaba de esta manera, Simona se sentía flaquear e iniciaba un movimiento de retirada. Florencio no conseguía nada de su hermana desesperada, sujeta a la influencia colectiva, al imperio de los seres con quienes se veía cotidianamente.

El muchacho resolvió precipitar las cosas; aquel día Le Jas acababa de curarlo — ¡por poco se estropea con el disparo del revólver! —, cuando Simona, a quien esperaban en aquel momento, detuvo su paso ligero delante de la puerta. Con una breve señal, Florencio designó la pequeña estancia inmediata que le servía de laboratorio y cafarnaúm. Apenas hubo entrado en ella Le Jas cuando entró Simona.

Florencio no pudo menos de admirarla, tan hermosa bajo la impresión de sus pálidas facciones, con su juventud tan conmovedora. Tenía un aire de resolución que él mismo nunca había visto.

— Creía que no estabas solo.

— ¿Por qué?

— Hubiera querido decir algo a Enrique.

— ¡Si es para hacerle más desgraciado!.. ¡Bastante lo es ya!

— ¿Y yo, me encuentro sobre un lecho de rosas? Acabo de recibir una carta de mi marido. Exige que vuelva a su lado con los niños.

— ¡Qué aplomo!

La puerta del laboratorio se entreabrió y, de pronto Le Jas se encontró al lado de Simona. Esta retrocedió sorprendida.

— ¡Oh!, ¡estaba usted aquí!, ¡estaba usted aquí!, ¡Qué imprudencia!.. ¡Oh!, ¡eso no está bien!

— ¡Escúcheme!

— ¡Váyase, Enrique! Esto es lo que yo quería decirle: ¡váyase! ¡No debemos volvernos a ver!

— ¿Tanto la comprometo?, dijo él amargamente: ¡Vernos! ¿Acaso la he visto a usted desde su regreso? ¿No me ha tenido usted apartado como a un extraño? ¿No comprende usted que, fuera de Florencio, nadie la sostiene, nadie le aconseja como debería? ¡Polotzeff le intima que vuelva a su casa con sus hijos! ¿Será usted bastante débil, bastante cobarde para hacerlo? Yo me opongo, yo se lo impediré a usted por todos los medios, ¡se lo juro!

Simona le miraba con una desolación llena de ternura y de piedad.

— No, no, tranquilícese usted; pero Sergio tiene sus derechos, derechos terribles; ¡tiene la ley en su favor!

— Sí, replicó Le Jas con sarcasmo, ¡los gendarmes! ¡Tranquilícese usted, no vendrán a buscarla por fuerza! Ningún magistrado se atrevería a firmar hoy semejante orden.

— ¿Olvida usted que quiere apoderarse de mis hijos, que mañana o dentro de algunos días una decisión de justicia no se los podría negar? Es el padre, es el más fuerte.

— ¿Entonces usted los entregará?

— ¿Yo? ¡Antes me arrancaría la vida!

— Pues bien, dijo Le Jas, cuyo enérgico rostro reflejaba sucesivamente las emociones más terribles; ¿se deciden ustedes por fin, usted y los suyos, a la ofensiva que hubieran debido tomar el primer día? ¿Han comprendido esa necesidad que se impone y que usted no eludirá, a pesar de todas las mezquinas o respetables consideraciones de prudencia, de dignidad, de interés? — ¡ah!, ¡no se trata, no, de teorías morales! — ¿han comprendido, al fin, cuál es la única vía de salvación? ¡Luchar, luchar y más luchar! El divorcio, o, si usted prefiere, la separación de cuerpos que a él conduce. ¡Esperaremos hasta tres años! Polotzeff la obliga a esa determinación extrema; ustedes no tendrían nada que reprocharse. Es para conservar sus hijos a su lado. Y si un día se ve usted libre, salvada de ese hombre, de sus exigencias y de sus brutalidades, ¿no bendecirá entonces la alegría de vivir?

— No sé..., dijo Simona espantada..., no sé... Se me figura que ruedo hacia el abismo. Estoy extenuada...

Enrique Le Jas le cogió las manos que forcejeaban para desasirse como pájaros cautivos, aquellas manos heladas; y atrayendo, conquistando con su mirada, para contemplarla más a fondo, la mirada de Simona, que ésta hubiese querido desviar, dijo:

— Amiga mía, la fidelidad no es cosa sencilla ni fácil; se necesita valor. ¡Tenga usted valor! Voy a partir, como usted me pide que lo haga. Por mi parte, procuro evadirme también; voy a buscar a mi mujer, a fin de hacer una postrera tentativa para convencerla y ablandarla. Si fracaso, no me volverá usted a ver. No seguiré complicando la existencia de usted, ya tan pesada; me expatriaré si es preciso: me han hecho brillantes ofrecimientos para el extranjero.

Simona se estremeció, le miró fijamente y se puso tan pálida que Enrique temió verla desfallecer.

— En cambio, continuó éste, exijo de usted una promesa; no puede usted negarse. Haga todo lo posible para librarse de ese miserable; ¡piense en sus hijos, piense en usted misma!

Bajó la cabeza y añadió en voz más baja:

— Y piense usted un poco en mí, que la amo, y que de lejos, si el destino injusto nos separa, haré votos por usted, no tendré más triste consuelo que la certidumbre de que es usted menos desgraciada.

— Sí, dijo Simona, lucharé, se lo juro, y decidiré a los míos a que me ayuden a luchar.

Enrique Le Jas le besó locamente la mano.

— Váyase usted, dijo ella, váyase, mi pobre, mi querido amigo.

Pero él no podía arrancarse de su lado.

Y Florencio, muy conmovido, pensó en el sufrimiento que el amor exaltado contiene en cambio de sus alegrías.

Un golpe seco a la puerta, y entró Juan Marcos:

— Te buscaba, dijo éste al médico.

— Te sigo.

Le Jas se volvió hacia Simona:

— Me despido pues. Hasta la vista, Florencio; cure pronto.

Volvióse por última vez; puso en aquella mirada toda su abnegación, su pasión absoluta y eterna.

Los dos hombres empezaron a bajar la escalera.

Juan Marcos dijo con una sencillez autoritaria:

— ¿Y bien, Enrique?

— ¿Y bien, Juan Marcos? ¿Qué te diré que ya no sepas? Me marchó.

Su voz denotaba una espantosa amargura. Aquella gran familia era su familia: años atrás, había salvado a Claudia del tifus; había cuidado a todos aquellos seres que, pocos días antes, lo acogían como a un hermano.

— Es lo mejor que puedes hacer, dijo Juan Marcos. Respecto a Simona, no cabe ya vacilar: va a pedir la separación de cuerpos.

— ¡Amén!, exclamó Le Jas, ¿y por qué no el divorcio?

— Papá y mamá no quieren; el divorcio les repugna. Además, la separación pone espacio y tiempo entre el pasado y el porvenir. Se ven venir las cosas: es una prueba.

— Y sufrimiento.

Juan Marcos continuó:

— Si la obtiene — ¿y por qué no había de obtenerla, tomando por defensor un príncipe del foro y el más ladino de los procuradores? —, entonces se verá más claro.

Se detuvo y añadió con una viril sonrisa de amistad:

— Mi pobre Enrique, todo esto me causa mucha pena.

— Y a mí también.

— Escucha, si tanto os amáis, pues bien..., más tarde... ¡Qué diantre!, no seréis los primeros ni los últimos...

No dijo más, y esto podía entenderse de diversas maneras.

¿A qué precisar? A cada cual sus responsabilidades. Le Jas no era ningún niño. Otra vez dueña de sus actos, Simona decidiría. Juan Marcos tenía la indulgencia de los fuertes para todas las debilidades ocultas, incluso las suyas: lo esencial era salvar las apariencias.

Le Jas no había contestado. Su mentalidad era diferente: todo o nada. Amar a una mujer a las claras, a la faz de todo el mundo. Claro es que escuchaba, en el fondo de sí mismo, las viles sugestiones del instinto, pero ennoblecía su amor demasiada altivez para disimularlo jamás como una vergüenza.

— ¡Más tarde, dijo, es muy lejos!

Juan Marcos designó el automóvil:

— Voy a París, ¿me acompañas?

— ¡Me es igual!

Armanda se precipitó detrás de ellos:

— ¿Me llevas, maridito mío?

— Imposible. Viene Le Jas.

Y como éste iba a ofrecer su puesto, Juan Marcos, con una mirada que él conocía muy bien le hizo cómplice del silencio:

— Enrique necesita tomar un tren con urgencia. Estaré de vuelta para comer.

Armanda, con una sonrisa glacial, los miró partir: Juan Marcos agitó la mano en el recodo del camino.

— Tú me engañas, dijo ella.

Y corrió a enterar a Liana por teléfono.

— Eres una tonta, contestó la voz lejana. ¡Déjame hacer!

En el auto, Juan Marcos fumaba su cigarro, sin hablar palabra. Y Enrique Le Jas veía desfilas a toda velocidad árboles, caminos, puentes, ríos... Su vida pasada que huía detrás de él.

(Se continuará.)

BARCELONA. NOTAS DE ACTUALIDAD. - LOS JUEGOS FLORALES. LAS FIESTAS CONSTANTINIANAS

Los Juegos Florales. - Con la solemnidad de todos los años celebróse el primer domingo de este mes, en el *Palau de la Música Catalana*, esta simpática y tradicional fiesta de la Poesía.

dad; luego se descorrió el lienzo que cubría el busto, entre calurosos aplausos y a los acordes de la banda municipal, concluyendo la ceremonia con un elocuente discurso del teniente de alcalde Sr. Vallés y Pujals, aceptando agradecido en nom-



D. M. Folch y Torres, poeta premiado con la Flor natural



D. Juan M. Guasch, presidente del Consistorio



Doña María Luandra de Folch, Reina de la Fiesta

La magnífica sala, adornada con tapices y guirnaldas y totalmente ocupada por distinguidísima concurrencia, ofrecía un aspecto deslumbrador; y en el centro del escenario, decorado también artísticamente con ricos tapices, flores y plantas, alzábase el trono que había de ocupar la Reina de la Fiesta.

A las tres y a los acordes de una marcha ejecutada por la banda municipal y por el órgano, hizo su entrada en la sala la comitiva oficial, formada por el Consistorio, los adjuntos, una

quien pasó a ocupar el trono y quedó proclamada Reina de la Fiesta.

Los demás poetas premiados fueron: D. José María de Segarra, premio de la *Englantina* por su poesía *Somni d'una nit d'hivern*, y primer accésit por su poesía *De l'agre de la terra*; D. Jaime Bofill y Matas, premio de la *Viola* de oro y plata, por su poesía *Adveniment*; D. José Massó y Ventosa, accésit, por su poesía *Misteri de Santa Eulària*; D. Manuel Brunet, premio de la Copa artística, por su *Poema de la pedra*; Rdo. D. Antonio Navarro, premio extraordinario de los mantenedores, por su poesía *A San Antoni de Janer*; y don José Carner, premio Fastenrath, por su colección de poesías *Montjoies*.

Terminó la fiesta con un discurso de gracias del mantene-



Monumento a Maragall, obra de Eusebio Arnau (escultor) y de Luis Doménech y Montaner (arquitecto), inaugurado en el Parque después de la fiesta de los Juegos Florales.

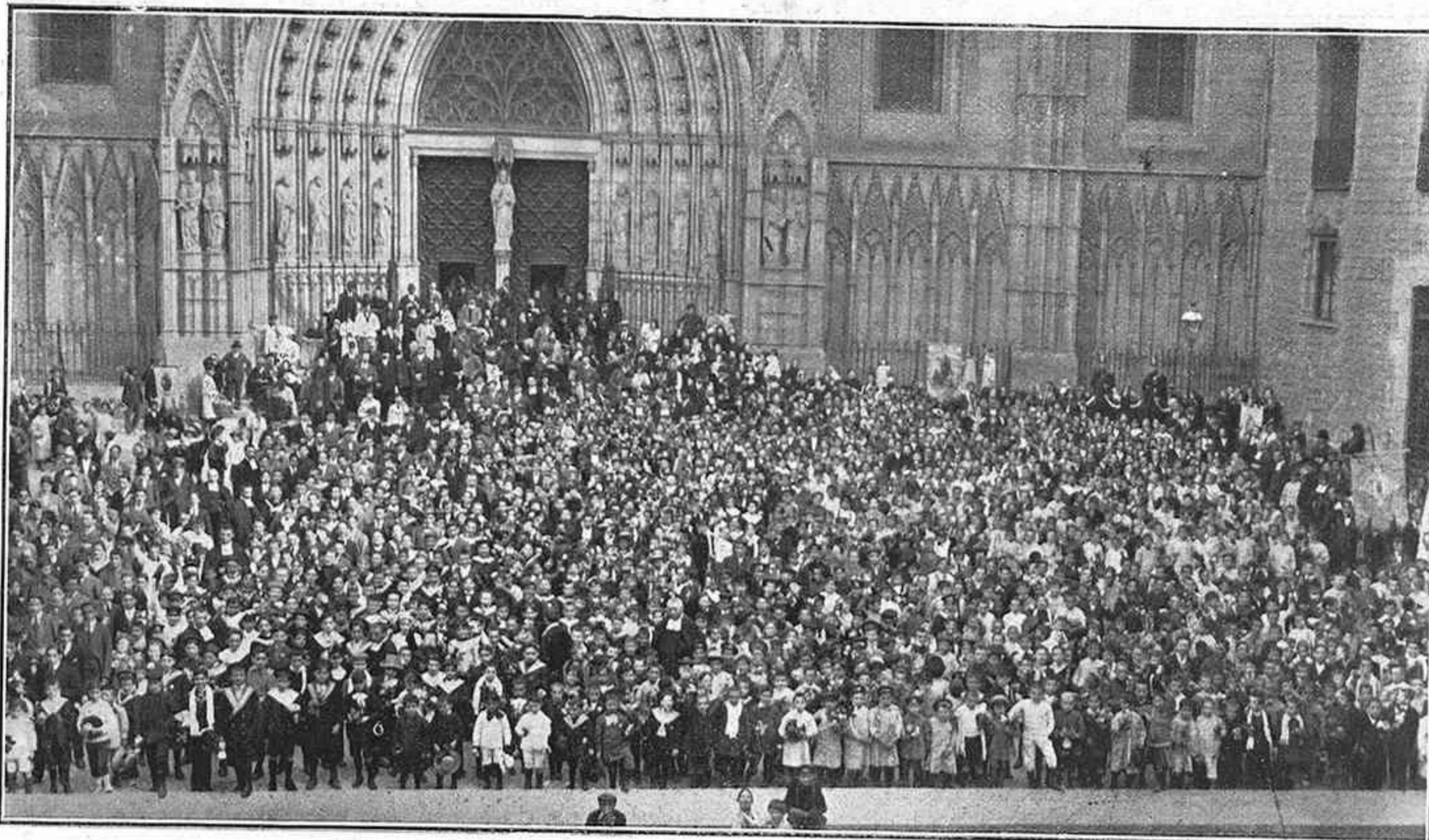
bre de la ciudad el monumento y enalteciendo la memoria del inolvidable Maragall.

Las Fiestas Constantinianas. - Grandiosa ha sido la manifestación de religiosidad que ha hecho el pueblo de Barcelona con motivo de la celebración del XVI centenario de la libertad de la Iglesia.

Entre los actos celebrados merecen especial mención el homenaje de los niños de las escuelas al Santo Cristo de Lepanto y la procesión del *Lignum Crucis*. Más de veinte mil niñas y más de veinticinco mil niños desfilaron por delante de la milagrosa imagen que se venera en nuestra santa basílica, cubriéndola materialmente de flores.

La procesión revistió una grandiosidad y una solemnidad imponderables; asistieron a ella más de treinta mil fieles de ambos sexos y fué presenciada por un gentío inmenso que llenaba las calles y los balcones de las casas, todos adornados con vistosas colgaduras. La salida del Santo Cristo de la Catedral fué un espectáculo hermoso, emocionante, como ningún otro se ha presenciado en Barcelona. La multitud, prosternada, prorrumpió en estrepitosos vítores y aclamaciones que no cesaron en todo el trayecto de la procesión y que se convirtieron en ovación formidable cuando la imagen volvió a entrar en el templo, a los acordes de la Marcha Real, que tocaban numerosas bandas militares y civiles.

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Las Fiestas Constantinianas. - Grupo de niños a la puerta de la Catedral, después de haber rendido homenaje a la imagen del Santo Cristo de Lepanto

comisión del Ayuntamiento presidida por el alcalde Sr. Collado, otra de la Diputación provincial y por representantes del obispo Dr. Laguarda, de la Cámara de Comercio, de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la Academia de Bellas Artes, del *Institut de Estudis Universitaris Catalans*, de la Sociedad Artística y Arqueológica y de otras importantes entidades.

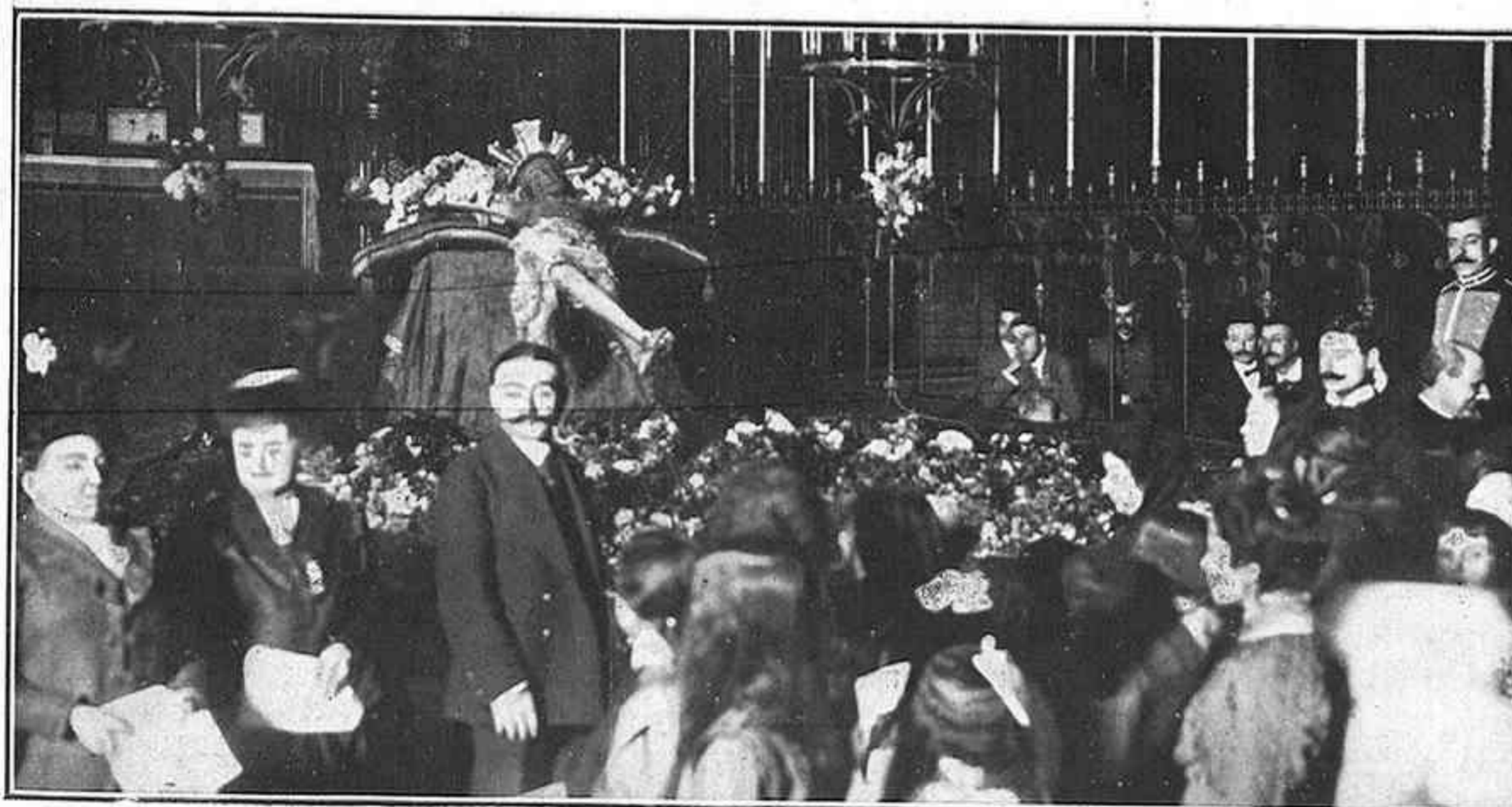
Declarada abierta la fiesta por el alcalde, el laureado poeta y maestro en Gay saber D. Juan M. Guasch, presidente del Consistorio, leyó un hermoso discurso glosando en hermosas imágenes la poesía catalana y lamentando el abandono en que es tenida en nuestros días.

Seguidamente el secretario Sr. Suriñach Sentfés leyó la memoria reglamentaria, expresando el juicio que merecieron al Jurado las obras premiadas y dedicando un sentido recuerdo a los catalanes notables fallecidos durante el año y entre los cuales incluyó el nombre del ilustre Menéndez y Pelayo, amigo entusiasta y admirador de Cataluña.

Terminada la lectura de la memoria, el propio secretario procedió a abrir los sobres que contenían los nombres de los poetas premiados, y abierto el correspondiente al poeta ganador de la Flor natural, resultó ser éste D. Manuel Folch y Torres, autor de *Magnífich col·loqui*.

El Sr. Folch, acompañado de una comisión del Consistorio, ofreció la flor a su bella esposa D.ª María Luandra de Folch,

don Sr. Casas, y seguidamente la comitiva oficial trasladóse al Parque, en donde se procedió a la inauguración del monumen-



Las Fiestas Constantinianas. - Niñas depositando ramos de flores sobre la imagen del Cristo de Lepanto que se venera en la Catedral

to a Maragall. El Sr. Bassegoda, en sentidas frases, evocó la figura del eximio poeta e hizo entrega del monumento a la ciu-

que tocaban numerosas bandas militares y civiles.

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

VALENCIA. - LAS FIESTAS CONSTANTINIANAS. (Fotografías de V. Barberá Masip.)



Interior de la Catedral durante la Comunion de los 10.000 niños y niñas de las escuelas

En Valencia, como en todas las capitales de España, se ha celebrado con solemnes fiestas el XVI centenario de la promulgación del Edicto de Milán, por el cual el emperador Constantino reconoció oficialmente el cristianismo y puso término a las terribles persecuciones de que los cristianos habían sido objeto por espacio de más de tres siglos.

Una de las ceremonias más simpáticas efectuadas con este motivo, fué la Comunion de los niños y niñas en la Catedral. Más de diez mil se acercaron a la Sagrada Mesa, recibiendo el Pan Eucarístico de manos del señor arzobispo y de quince canónigos. La capilla de música ejecutó selectos motetes y el Rdo. P. Solá, S. J., pronunció una sentida plática.

Excepcional importancia revistió la solemne velada que se celebró en el Teatro Principal, cuya sala ofrecía un aspecto deslumbrador y en cuyo escenario había la mesa presidencial, que ocupó el arzobispo Dr. Guisasaola, acompañado de las autoridades y de representantes de corporaciones oficiales y particulares. Comenzó el acto con la obertura del oratorio *Pau'us*, de Mendelssohn, brillantemente ejecutada por una nutrida orquesta, y a continuación el docto catedrático de aquella Universidad D. Carlos de la Riba pronunció un elocuente discurso

historiando las vicisitudes por que ha pasado la Iglesia y entonando un himno a la paz. Después los coros y orquesta ejecutaron un fragmento del oratorio de Liszt *Christus* y leyeron inspiradas poesías D. Juan Laguna Lliteras y D. Rogelio Chillida. Dió principio la segunda parte con el *Alleluia* de la cantata jubilar de Becker, por solos, orquesta y coros; siguió la lectura de bellísimas poesías por el P. Calasanz Rabaza y D. José Antonio Balbontín, y después del *Domine, salvum fac Pontificem nostrum*, de Gounod, interpretado por coros y orquesta, pronunció un discurso el P. Luis Calpena. Es imposible dar siquiera una idea del hermoso trabajo del eximio orador sagrado y director del Supremo Tribunal de la Rota. En términos grandilocuentes desarrolló el P. Calpena el tema de la lucha del paganismo con el cristianismo y el triunfo decisivo de la Cruz sobre la idolatría y el despotismo. Refirió la his-

toria de Roma pagana y su ruina por la idea cristiana que se apoderó de la humanidad a despecho de los grandes poderes de la tierra. Hizo un estudio crítico y filosófico del Edicto de Milán, para deducir que la vida de la Iglesia no depende de la protección de los Césares, puesto que lo mismo vive en la paz que en la persecución. Dijo que Constantino no hizo más que reconocer que era inútil luchar con una fuerza incontrastable y rendirse ante la fuerza abrumadora de una religión que hería de muerte al paganismo. Refiriéndose a nuestra patria, afirmó que España no puede ser España si no es católica, pues cuando lleváramos la Cruz al frente de nuestras huestes, el mundo nos pertenecía, y después de exhortar a los católicos a que perma-



Niñas del Colegio de Jesús y María a la salida de la Catedral después de haber recibido la Comunion

nezcan siempre unidos y defiendan con energía las enseñanzas de la Iglesia católica, terminó entonando un hermoso himno a la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia. El discurso del P. Calpena fué acogido con una ovación delirante. La velada terminó con otro fragmento del citado oratorio de Liszt, ejecutado por coros, orquesta y solos.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PERROS DE RAZA
DE TODAS CLASES

Criadero sportivo «La Wartburg». Distinguido con más de 200 premios del Estado, diplomas de honor y de clasificación (SIN COMPETENCIA). Lista de precios núm. 26 gratis. Album artístico núm. 26 contra envío de marcos 1,50.
PAUL KOEHLER, OSSMANNSTEDT (Alemania)

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVA

ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

DENTIFRICOS HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 65 pesetas.
Montanery y Simón, editores. - Aragón, 255, BARCELONA

PAPEL WLINSI Soberano remedio para la rápida curacion de las Afecciones del pecho, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo, recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 34, Rue de Seine.

PARÍS. - FIESTA LLAMADA «EL JARDÍN DE JENNY». (Fotografías de Harlingue.)



Distribución de cincuenta mil plantas entre las modistillas parisienses para que con ellas adornen sus ventanas

«Ved, allá arriba, aquella pobre ventana en donde hay algunas flores de primavera! Entre esas flores veréis aparecer una niña rubia, de frescos colores. ¡Ved, allá arriba, aquella pobre ventana en donde hay algunas flores de primavera! Es el jardín de la obrera Jenny, cuyo corazón se contenta con muy poco. Podría ser rica, y prefiere lo que le viene de Dios.»

Así dice la primera estrofa de una sentida romanza titulada *Jenny, la obrera*, letra de Emilio Barateau y música de Esteban Arnaud, que se publicó en París a principios de 1848, alcanzando desde el primer momento grandísima popularidad.

Inspirándose en tan hermosa composición, los distinguidos literatos parisienses Eugenio Figuiere y Alejandro Mercereau instituyeron la poética fiesta denominada *El Jardín de Jenny*, con el objeto de proporcionar a las modistillas plantas y flo-

res con que adornar sus balcones y ventanas.

A tal fin hicieron un llamamiento al pueblo de París, que con entusiasmo se asoció a tan hermosa obra, y pidieron y obtuvieron subvenciones del Ayuntamiento y de la Prefectura del Sena. Y el último domingo de abril, procedieron al reparto de cincuenta mil plantas entre las modistillas, que las recibían con los mayores transportes de contento. La distribución se efectuó en la Plaza de San Medardo, por donde desfilaban los numerosos carros que conducían las plantas y en los cuales iban lindas muchachas encargadas de ayudar a los iniciadores de la fiesta en su benéfica y poética obra.

Además de las plantas, repartiéronse dos mil estatuillas regaladas por el escultor Lorenzi, sacos de semillas y dos mil localidades ofrecidas por los directores de varios teatros parisienses.

La distribución duró hasta el mediodía en medio de una animación y de una alegría extraordinarias y la fiesta resultó un espectáculo realmente simpático, así para las modistillas favorecidas como para el público que llenaba la plaza en donde aquélla se efectuó.

Fueron aquellas unas horas de verdadera alegría y los que supieron proporcionárselas, haciendo extensivos a millares de modistillas humildes los gozos del *Jardín de Jenny* que tan bellamente cantó el poeta, han merecido unánimes y entusiastas plácemes.

Los Sres. Figuiere y Mercereau pueden, pues, estar verdaderamente satisfechos de su obra, que al par que regocija a tantas muchachas, contribuye al embellecimiento de las calles más modestas de París.



Grupo de modistillas con las plantas que les han sido adjudicadas

PLAZA · D · LA · UNIVERSIDAD · 5 · MOSAICOS BARCELONA
ORSOLZA · SOLZA · Y · C

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

INNSBRUCK, TIROL
 ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
 HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
 FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

Paris
 Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDÈS B^a St-Denis, 46

AVISO Á LAS SEÑORAS
 EL ANIOL DE LOS RES
JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORS, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Levadura consistente

¡Novedad!
 ¡Sin competencia!

florýlin

¡LO MEJOR para hacer pan!

es nuestra

florýlin

Levadura pura de destilería

florýlin

patentada en todos los Estados

florýlin

¡Consistente y de impulsión ilimitada!

¡Indispensable en los países trópicos!

DAUERHEFE-GES., m. b. H.
 BERLIN SW 11
 Telegramas: «Dauerhefe» - Berlin

TRIUMPH YEAST Co.
 LONDON S. E.
 Telegramas: «Florylin» - London

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN